

TERESA DE LA PARRA

Influencia de
las mujeres en
la formación
del alma
americana

República Bolivariana de Venezuela

Fundación Editorial



elperroylarana





INFLUENCIA DE LAS MUJERES EN LA FORMACIÓN DEL ALMA AMERICANA

MINISTERIO

DEL PODER POPULAR
PARA LA CULTURA

MISIÓN
CULTURA
CORAZÓN ADENTRO

© Teresa de la Parra
© Fundación Editorial El **perro** y la **rana**, 2016
Centro Simón Bolívar
Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010
Teléfonos: 0212-768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos

comunicacionesperroyrana@gmail.com
atencionalescritorfepr@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Facebook: Editorial perro rana
Twitter: @perroyranalibro

Diseño de portada y diagramación

Jenny Blanco

Transcripción

María Cervantes

Edición

Coral Pérez

Corrección

Francisco Romero

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal lfi4022016320420
ISBN 978-980-14-3347-7



COLECCIÓN DEGÉNEROS

Corrompido, degradado, depravado, envilecido, vicioso, pervertido, son algunos de los sinónimos de lo degenerado. Desde la Fundación Editorial El perro y la rana hemos tomado este nombre no solo como provocación para identificar esta colección, sino para exponer la variedad de manifestaciones de lo “femenino” que diariamente se confrontan con la norma social del género, creando relaciones de opresión y discriminación.

Nuestra propuesta es ampliar el tratamiento de los “asuntos de la mujer” para abordar lo más posible las luchas contra las situaciones de violencia y dominación-explotación, sobre todo lo que está fuera del modelo del hombre-blanco-heterosexual-burgués. De tal modo, esta colección apunta a las reflexiones en torno al reconocimiento de la diversidad de

géneros, incluyendo los planteamientos de nuevas masculinidades, feminismo y sexo género diversidad enfocados en las particularidades de cada frente, pero transversalizados todos por las luchas de clases.

La colección DeGéneros en sus tres series: DeVelar, DeConstruir y DesAprender, tiene como intención seguir fortaleciendo las discusiones y aportes desde el Poder Popular, ahí, donde la construcción de un modelo antipatriarcal es posible gracias a la participación política y protagónica de los pueblos.

Serie DeConstruir

Si bien los rasgos diversos que configuran una identidad particular, única, se suman en una construcción compleja, no se trata de un edificio rígido, inflexible, homogéneo. Los planteamientos y teorías recogidas en esta serie buscan socavar, debilitar, poner en tela de juicio los cimientos de la cultura dominante del patriarcado capitalista, hoy conocido como globalización. Con una variedad de puntos de vista de las luchas de mujeres, hombres y representantes de la diversidad sexual, aporta conocimientos para la artillería de la liberación de los derechos sexuales y reproductivos.

INFLUENCIA DE LAS MUJERES EN LA FORMACIÓN DEL ALMA AMERICANA

Teresa de la Parra



LAS MUJERES EN NUESTRA HISTORIA, SEGÚN TERESA DE LA PARRA

Esta conferencia: “Influencia de las mujeres en la formación del alma americana”, la dio Teresa de la Parra en Colombia, en 1930, donde fue invitada a raíz del éxito de sus novelas *Ifigenia (diario de una señorita que se fastidiaba)*, 1924; y *Las memorias de Mamá Blanca*, 1929. El tema de la conferencia es lo suficientemente atractivo, y su planteamiento, polémico. Atractivo por ser un texto donde argumenta explícitamente su visión de nuestra historia, y del papel de la mujer en esta, arrojando luces sobre la ideología de la autora, y por ser un texto poco conocido o estudiado en su obra, como su epistolario o sus cuentos. Polémico en sí mismo, si se considera a la Teresa de la Parra librepensadora que encarna el personaje femenino de su novela *Ifigenia...*, o tomando en cuenta la postura contrastante de esta en comparación con *Las memorias...*, que desde el punto de vista de la historia y la mujer, sería, en algunos aspectos, conservadora.

Su visión historiográfica recuerda de alguna manera la narrativa intrahistórica de Enrique Bernardo Núñez en sus crónicas. Si bien en ambos los datos históricos se basan en lecturas de crónicas y biografías, y en el conocimiento profundo de fuentes originales, en Teresa emergen también de la memoria familiar (esa *fuentes viva*, antagónica a la impresa, a la de los políticos, militares, periodistas

e historiadores, etc., como dice). A su vez, E. B. Núñez prefiere compartir la historia con la premisa de la ficcionalización reconstructiva. Lo que más la acerca a él es el hecho de que los datos que ella repasa y rememora, de una manera intimista y apasionada, son el reconocimiento de nuestra memoria histórica que quiere posicionarse en un enfoque no oficial. Entendiéndose “oficial” en Teresa lo que solapa a una minoría y a los anónimos, la historia invisible, menuda, incluyendo, claro, a la mujer. Es lo que Teresa de la Parra quiere rescatar en lo que respecta al papel ya sea más o menos activo o pasivo de la mujer. En E. B. Núñez historia oficial es la de la academia o la del poder dominador. Si bien podemos percibir en él una posición contestataria y una visión de los antagonismos raigales, nos deja ver en entretelones otros entramados de las historias personales para entender las tramas mayores, las colectivas.

Por otra parte, mencionando el caso de la crónica de los conquistadores, Teresa prefiere las evocaciones de los hechos venidos del recuerdo, en una forma que salva más el aspecto oral de los *cronistas rudos*: *Estoy segura de que no desbarro y de que es casi un deber el proclamar la superioridad moral de este género de narraciones. Junto a ellos la verdad histórica, la otra, la oficial, resulta ser una especie de banquete de hombres solos (...) pero creo que mientras la verdad de los historiadores es relativa, la verdad de la tradición o la historia de los no historiadores es absoluta, porque se acerca más a la realidad y se acerca con más gracia.*

Nótese que escoge la denominación oriunda “americana”, en vez de latinoamericana u otra, explicando por qué lo hace, después de mucho pensarlo: *Ignoraba si sería correcto e ignoraba sobre todo si sonaría bien en oídos colombianos el decir “alma americana” en lugar de: alma latinoamericana, iberoamericana, hispanoamericana, indoamericana o indohispanoamericana. Ninguna de estas combinaciones me parecía grata ni en el fondo, ni en la forma. No tienen la*

ligereza, no tienen alas, no tienen gracia. Suenan, no sé por qué, a esnobismo criollo naturalizado en el extranjero, origen de algunos bienes, pero de muchos males y de muchos pecados contra el buen gusto (...) pensé en la dulce intimidad de las cosas con sus nombres, y pensé (por fin) en que nuestra hermosa patria anónima, tan extensa, tan diversa y tan milagrosamente semejante sin haber tenido para el misterio de la semejanza ni brazos de cercanía ni la mesa paternal de un solo nombre iba quedándose ahora relegada al rango de expósita sin apellido y con mucho peligro de perder la hacienda. Son reveladoras estas palabras. Nótese igualmente que lo sustantivo es el espíritu, el alma; lo que ella llama, en otra parte, patriotismo amplio.

Se puede pensar que la conferencia nos convoca a una defensa del feminismo radical, pero Teresa querrá deslindar su mirada particular y relativa de otras visiones militantes acerca del tema, y sabrá definir desde qué perspectiva prefiere ver la influencia de la mujer en los procesos históricos que aborda: la Conquista, la Colonia y la Independencia de Latinoamérica; las tres partes en las que se divide la conferencia. *Mi feminismo es moderado*, afirma.

En la introducción de la conferencia, Teresa de la Parra expresa su criterio sobre lo que debiera ser *los nuevos derechos de la mujer moderna*. No se considera sufragista. Le cede en ese caso la militancia feminista a Gabriela Mistral. Pero siente que la mujer debe ser *libre ante sí misma*, que el verdadero peligro es *la frivolidad*, es el *vacío mariposeo mundano* de la niña casadera. Y ahondando más en el tema, hará una ojeada histórica sobre la abnegación femenina en nuestros países; la influencia oculta y feliz que ejercieron las mujeres. Llama la atención ideas que sugieren la naturaleza auténtica en la mujer como: el *misticismo*, *la sumisión* y *la pasividad*. Teresa admite que solo son nocivas cuando son impuestas. Para mayor explicación, dice: *El diario de María Eugenia Alonso no es un libro de propaganda revolucionaria, como han querido ver algunos moralistas*

ultramontanos; no, al contrario, es la exposición de un caso típico de nuestra enfermedad contemporánea, la del bovarismo hispanoamericano, la de la inconformidad aguda por cambio brusco de temperatura y falta de aire nuevo en el ambiente. Subrayo la última frase. Está aludiendo al paso a la contemporaneidad después de la República o la Independencia. Comenta que los derechos imprescindibles de la mujer se deben adquirir *no por revolución brusca y destructora, sino por evolución noble que conquista educando y aprovechando la fuerza del pasado.* Teresa lo asume claramente, no se referirá a las mujeres modernas, prefiere sus mujeres abnegadas. *Hablando con franqueza les diré que allá en el fondo de mi alma las prefiero, tienen la gracia del pasado y la poesía infinita del sacrificio voluntario y sincero.*

Igualmente son reveladoras estas palabras: *Yo no quiero hablar aquí de la maldad que encierran estas dos fórmulas enfrentadas como dos teas de discordia dentro de la misma casa: de un lado, el inhumano desdén del blanco ininteligente e insensible que se cree todavía dueño y señor; del otro lado, el indianismo romántico, el odio sordo del mestizo hacia la raza intrusa, el odio que espolea diariamente la divulgada e injusta versión de la Conquista española a sangre y fuego: ¿como si solo de destrucción se tratara, como si la Conquista de América fuese un caso aislado en la historia del mundo y no la eterna y odiosa ley de todas las guerras y de todas las invasiones!*

Habría que destacar que *Ifigenia* y *Las memorias...* no tendrían que contemplarse como antitéticas si nos enfocamos en los abordajes de la figura de la mujer en la historia o en la sociedad. *Nada es tan parecido a la mujer venezolana como la historia venezolana,* observa Uslar Pietri en el prólogo a la primera edición (1961) de la conferencia de Teresa. Es una frase condensada y misteriosa. De este modo alcanza Teresa de la Parra su talla más elevada ante la crítica. Uslar Pietri la reconoce así: *Ella, que conocía el encanto hecho de renunciaciones de la vida de las abuelas y las formidables necesidades*

del tiempo que llegaba, dedicó su obra a levantar un testimonio insuperable de estas cuestiones, tan estrechamente ligadas a nuestras mujeres (...). En Mamá Blanca, Teresa levantó el cuadro de la existencia de nuestras abuelas. Una vida devota de la seguridad, sumisa al dolor, fácil a la alegría, atada a lo cotidiano. Eran las mujeres de los guerrilleros y de los hombres verbosos y sin alcance. En Ifigenia aparece risueñamente el drama dentro de la mujer, que es la entraña dramática de la crisis de un orden social. En Ifigenia la protesta ingenua y femenina contra un destino que le negaba el derecho de hacer su vida, escoger su hombre y expresar su pensamiento.

Teresa es una de las autoras que mejor representa la escritura femenina, si es que podemos permitirnos hablar de una escritura tal. (La crítica enumera ejemplos inapelables). Uslar es uno de los primeros. En el prólogo a la conferencia dice: *Teresa de la Parra es una de nuestras escritoras más femeninas. Nadie la excede en este don. [Memorias...] Es un libro tan femenino como Ifigenia, pero la feminidad arisca y ácida de la doncella se ha suavizado de sentido maternal.*

Entonces, en este sentido se estructura su pensamiento, las mujeres: *...fundadoras de las ciudades por el asiento de la casa (...). Las de la Conquista: son las dolorosas crucificadas por el choque de las razas. Las de la Colonia: son las místicas y las soñadoras. Las de la Independencia: son las inspiradoras y realizadoras (...) realizadoras y amantes, las grandes de la Independencia (...). Junto a la Malinche mexicana doña Marina glorificada y feliz al final de su vida, la melancólica ñusta doña Isabel, nieta del monarca peruano Túpac Yupanqui y madre del primer escritor americano, el tierno Garcilaso de la Vega.*

Con expresiones como estas: *...nuestras oscuras y no reconocidas abuelas indias... y ...régimen de feminismo sentimental....*, pensamos en un sentimiento idealizado hacia la Colonia. No pocas veces se ha dicho. Por su parte, ella misma lo reafirma: *En lo que me concierne debo decir que casi toda mi infancia fue colonial y que la necesidad*

de reaccionar contra ella en una edad en que todos somos revolucionarios tanto por espíritu de justicia como por espíritu de petulancia fue la causa que me impulsó a escribir (...). Buena o mala influencia, no lo sé, esos vestigios coloniales junto a los cuales me formé llenos de encanto en mi recuerdo y lo mismo en Caracas que aquí en Bogotá, que en el resto de América ellos constituyen para mí la más pura forma de la patria (...). La Independencia como toda evolución o cambio brusco, solo alteró cosas exteriores. El espíritu colonial siguió imperando a través de todo el siglo XIX hasta alcanzarnos (...). No pretendo hacer aquí la apología de las heroínas de la Independencia del tipo de Pola Salavarieta, quienes supieron pelear a la par de los hombres y morir fusiladas con valor y dignidad como las chisperas del Dos de Mayo y como las estupendas mujeres de la Revolución francesa (...). Es a las mujeres anónimas, a las admirables mujeres de acción indirecta a quienes quisiera rendir el culto...

Para concluir, quisiera decir que sería tan justo reconocer sus cualidades estéticas (que muchos críticos han estudiado), como su percepción social, doméstica, histórica de la mujer, y su visión de la Colonia en la que se ubica y autodefine desde su perspectiva de clase propia, pero más aún como reflejo nostálgico de su infancia (ambos aspectos presentes en su obra, aunque explícitamente expresados en esta conferencia). Igualmente, esa capacidad de develar la psicología venezolana a través de la lengua, del habla, la escritura, pues mucho de la psiquis del venezolano aún está vigente en su obra. Bien lo testimonia y defiende cuando dice en una de sus cartas íntimas que se siente capaz de escribir solo cosas criollas y que *Las memorias...* es el más criollo de la literatura criolla, si lo tomamos no como una verdad absoluta sino con lo que basta, como una intención y hallazgo auténtico.

Además de los datos, argumentos y reflexiones que hemos reseñado, al final contamos con un esbozo de Simón Bolívar y sus

mujeres. (Hay que recordar que ella quiso escribir una biografía sentimental del prócer, pero su enfermedad no se lo permitió). Incluso, nos refiere su visión muy personal de Simón Rodríguez. Y sobre todo, es precisamente Manuelita Sáenz quien cierra su pintura panorámica, después de una generosa mención de personajes cuyos retratos nos sorprenderán en la medida en que avanzamos y en la manera en que se relacionan en conjunto.

CORAL PÉREZ GÓMEZ

MARZO, 2015

Me parece que estoy soñando al verme por fin aquí en Bogotá frente a mi público de íntimos y ya viejos amigos, sin experimentar ninguno de los fantásticos temores que preveía de lejos, sino sintiendo, al contrario, la confianza y la alegría de los más lindos ratos de la vida.

Esta visita a Colombia me estaba dando llamadas al corazón desde hace ya mucho tiempo. Yo respondía a las llamadas, pero solo respondía a distancia, con señas y sonrisas, porque como los tímidos, por muy enamorados, tenía miedo de acercarme demasiado. Este otoño la llamada se hizo voz, y voz tan apremiante y tan prometedora, que dejando a un lado todo temor y confiando en la buena estrella que protege a los emprendedores, comencé a preparar mi visita a la cual no quería llegar, como ven ustedes, con las manos enteramente vacías.

La voz apremiante de que hablo vino hasta mí en forma de carta. Era a principios de noviembre. Acababa de llegar a París, después de un largo y primer viaje por Italia. Me disponía a pasar un invierno tranquilo en mi rincón de Neuilly, un invierno de lectura y quizás también de trabajo —en París nunca se sabe—, cuando una mañana, me despertó la carta mensajera de Colombia. La redactaba un grupo de amigos residentes en Bogotá. En ella me transmitían la siguiente

invitación: Venir a Colombia a hacer una serie de conferencias que versasen sobre mi persona, sobre la historia de mi vocación literaria y sobre mis libros. No me es fácil explicar a ustedes en qué estado de perplejidad me dejó tan sugestiva y tan peligrosa invitación. Como hasta entonces nunca había hablado en público, me sentí durante varios días en pleno mar de dudas y de tentaciones. Daba vueltas, y más vueltas al dilema: ¿Cómo hacer una conferencia? ¿Cómo asumir el papel de autor presente ante un público que si me quería de lejos, era quizás por esa misma circunstancia de no haberme nunca visto de muy cerca? ¿Y la vocación literaria tan intermitente y tan frágil? Pero por otro lado la idea de atravesar el mar durante largos días de paz, remontar quizás muy lentamente el Magdalena y a lo largo de la selva y de los Andes llegar a tantas ciudades familiares y soñadas me llenaba el alma de exquisitas inquietudes. A través de mi ventana, por entre las hojas doradas que iba barriendo el otoño brumoso de París, me llamaba el trópico. Reconocía ya en lontananza aquella Colombia de las primeras visiones románticas de mi infancia: el Valle del Cauca; la gran casa de hacienda; el estanque de los baños trémulo de rosas; el perro Mayo; la negra Felicianita; y desde allá, desde la cumbre del sendero que se iba, la ventana lejana con su marco de flores donde blanqueaba todavía María despidiendo a Efraín.

Ante el ensueño radiante del viaje, el modo de realizarlo y sus consecuencias inmediatas no existieron ya. Una de las más graves consecuencias resultaba ser la decisión del tema para preparar las conferencias. Aceptar el propuesto era casi un deber. Cuando un libro ha contraído amistad íntima con el alma de un lector, como en todo caso de intimidad, florece naturalmente de los oídos hacia los labios una dulce sed de confidencia. Yo sé, lo he visto ya y lo digo con alardeo de niño que no ha hecho nada para merecer amor, sé que a mis libros se les quiere mucho en Colombia. Sé que se les

quiere con ese lindo cariño desinteresado y doméstico con que se quiere a los perros, a las flores, a los pájaros enjaulados y en general a todas las cosas familiares e inútiles.

Era, por lo tanto, natural; lo comprendo, el que hoy, día de mi llegada a esta casa paterna, se impusiese en mis labios la sonrisa de una confianza. Desgraciadamente, la falta de distancia y el exceso de testigos no me ha hecho posible forjar una bonita historia que fuese verídica para las necesidades del corazón. Dentro de treinta, treinta y cinco, o cuarenta años, regresaré a estas ciudades colombianas. Entonces, como en el soneto de Ronsard, temblando de vejez, entre el huso y la rueca, narraré en la noche junto a la candela, la historia maravillosa de mi juventud. El incidente narrado en *Ifigenia* con el exquisito poeta colombiano, incidente, que según veo, necesita en Colombia de un nombre propio, podrá tenerlo entonces. Valiéndome de esa historia y de otras extraordinarias, sin peligro de que nadie me desmienta, podré así ver reflejada en los ojos de mis oyentes, no la imagen de lo que soy, sino la visión divina de lo que hubiera querido ser.

Esta promesa en lo que se refiere a mi persona o primer tema propuesto. Sobre el segundo tema: el de la vocación literaria, solo les puedo decir, que por mucho que la busqué para estudiarla, me pasó lo de siempre: no la encontré. A tal punto esa vocación literaria acostumbra perderse y desampararme, que cuando a veces algún detractor —hay siempre murmuradores que por falta de tacto nos dicen cosas agradables—, cuando algún detractor hizo correr la voz de que no era yo la verdadera autora de mis libros, fui la primera en creerlo con bienestar y alegría. Perdida la vocación, me sentía libre de una gran responsabilidad, perdiendo también los libros. ¿Qué son, en efecto, las obras realizadas sin la vocación que las reafirme y proteja de nosotros mismos? Que mis libros ya no son míos, es hasta cierto punto la verdad. Fuera del nombre, que ha quedado como por

distracción en las portadas impresas, no reconozco ya nada de mí en mis novelas. Escrita la primera por una muchacha de nuestros días, de quien nadie sabe aún el paradero; redactada la segunda por una abuela ya muerta, quien fue en su vida hospitalaria y cariñosa como tantas otras que estas ciudades buenas de América guardan aún bajo sus techos de tejas, tales relatos o novelas no tienen a mis ojos más autores que esas dos ausentes. Situadas en los extremos opuestos de la vida, se quedaron algún tiempo conmigo, me contaron sus ansias de vivir la una, su melancolía de haber vivido la otra, y terminadas sus confidencias, se fueron discretamente a tiempo de editar los libros.

En cuanto al tercer tema, el de los libros, en sí, o precisando mejor, el de la tesis de *Ifigenia*, el del caso crítico de la muchacha moderna, sí me pareció interesante y digno de tratarse por trascendental, por prestarse a discusión y por urgente de remediar. Ese no lo rehúyo.

Son ya muchos los moralistas que con amable ecuanimidad, los más, o con violentos anatemas, los menos, han atacado el diario de María Eugenia Alonso, llamándolo volteriano, pérfido y peligrosísimo en manos de las señoritas contemporáneas. Yo no creo que tal diario sea tan perjudicial a las niñas de nuestra época por la sencilla razón de que no hace sino reflejarlas. Casi todas ellas, las nacidas y criadas en medios muy austeros, especialmente, llevan dentro de sí mismas una María Eugenia Alonso en plena rebeldía, más o menos disimulada, según la oprima el ambiente, la cual les dice todos los días de viva voz lo que la otra les dijo por escrito. El diario de María Eugenia Alonso no es un libro de propaganda revolucionaria, como han querido ver algunos moralistas ultramontanos, no, al contrario, es la exposición de un caso típico de nuestra enfermedad contemporánea, la del bovarismo hispanoamericano, la de la inconformidad aguda por cambio brusco de temperatura,

y falta de aire nuevo en el ambiente. Disgústense o no los moralistas, no se detiene una epidemia escondiendo los casos, como se hace a veces en ciertos puertos cuando a costa de la verdad y de la salud pública se quiere tener a todo trance carta de limpieza. Las epidemias se detienen con aire, con luz y con medidas de higiene moderna que neutralicen las causas, modernas también a veces, que produjeron el mal. La crisis por la que atraviesan hoy las mujeres no se cura predicando la sumisión, la sumisión y la sumisión, como se hacía en los tiempos en que la vida mansa podía encerrarse toda dentro de las puertas de la casa. La vida actual, la del automóvil conducido por su dueña, la del micrófono junto a la cama, la de la prensa y la de los viajes, no respeta puertas cerradas. Como el radio, que tan exactamente la simboliza, atraviesa las paredes, y quieras que no, se hace oír y se mezcla a la vida del hogar. Para que la mujer sea fuerte, sana y verdaderamente limpia de hipocresía, no se la debe sojuzgar frente a la nueva vida, al contrario, debe ser libre ante sí misma, consciente de los peligros y de las responsabilidades, útil a la sociedad, aunque no sea madre de familia, e independiente pecuniariamente por su trabajo y su colaboración junto al hombre, ni dueño, ni enemigo, ni candidato explotable, sino compañero y amigo. El trabajo no excluye el misticismo, ni aparta de los deberes sagrados, al contrario, es una disciplina más que purifica y fortalece el espíritu. Pero misticismo, sumisión y pasividad impuestas a la fuerza porque sí, por inercia de la costumbre, produce peligrosas reacciones silenciosas, despierta el odio a la cadena, que en otro tiempo era buena, y agría las almas que en su apariencia de paz, tomando donde pueden sus represalias, acaban por hacerse sepulcros blanqueados. Los verdaderos enemigos de la virtud femenina no son los peligros a que pueda exponerla una actividad sana, no son los libros, ni las universidades, ni los laboratorios, ni las oficinas, ni los hospitales, es la frivolidad, es el vacío mariposeo mundano, con

que la niña casadera, o la señora mal casada, educadas a la antigua y enfermas ya de escepticismo, tratan de distraer una actividad, que encauzada hacia el estudio y el trabajo, podría haber sido mil veces noble y santa.

Cuando digo “el trabajo”, no me refiero a los empleos humillantes y mal pagados, en los que se explota inicuaamente a pobres muchachas desvalidas. Hablo del trabajo con preparación, en carreras, empleos o especializaciones adecuadas a las mujeres y remuneración justa, según sean las aptitudes y la obra realizada. No quisiera que, como consecuencia del tono y argumento de lo dicho, se me creyera defensora del sufragismo. No soy ni defensora ni detractora del sufragismo por la sencilla razón de que no lo conozco. El hecho de saber, que levanta la voz para conseguir que las mujeres tengan las mismas atribuciones y responsabilidades políticas que los hombres, me asusta y me aturde tanto, que nunca he llegado a oír hasta el fin lo que esa voz propone. Y es porque creo en general, a la inversa de los sufragistas, que las mujeres debemos agradecerles mucho a los hombres el que hayan tenido la abnegación de acaparar de un todo para ellos el oficio de políticos. Me parece que junto con el de los mineros de carbón es uno de los más duros y menos limpios que existen. ¿A qué reclamarlo?

Mi feminismo es moderado. Para demostrarlo y para tratar, señores, ese punto tan delicado, el de los nuevos derechos que la mujer moderna debe adquirir, no por revolución brusca y destructora, sino por evolución noble que conquista educando y aprovechando las fuerzas del pasado, para tratar ese punto había comenzado por preparar en tres conferencias una especie de ojeada histórica sobre la abnegación femenina en nuestros países, o sea la influencia oculta y feliz que ejercieron las mujeres durante la Conquista, la Colonia y la Independencia. Como creo que existe realmente un espíritu común a todos los países de nuestra América

católica y española, y como creo que fomentarlo en la unión es patriotismo amplio, abarqué en esa ojeada histórica todos nuestros países y la llamé “Influencia de las mujeres en la formación del alma americana”.

Pero terminada mi ojeada histórica, por circunstancias imprevisitas, tuve que emprender viaje hacia Nueva York y La Habana, primeras jornadas de mi viaje a Colombia. Pensé que adquiriría en esas dos ciudades nuevos datos interesantes sobre las mujeres modernas, objeto de mis conferencias finales, y los adquirí en efecto, pero al mismo tiempo me abandonó la vocación al momento propicio de escribir. En Nueva York no se puede trabajar por el exceso de movimiento y de ruido, y en La Habana mucho menos, por el *dolce far niente*. Me he quedado, pues, por todo haber con mis mujeres abnegadas. Hablando con franqueza les diré que allá en el fondo de mi alma las prefiero: tienen la gracia del pasado y la poesía infinita del sacrificio voluntario y sincero.

Como breve resumen de mis impresiones de viajera diré solo que La Habana es uno de los lugares en donde mejor puede observarse la feliz evolución de las mujeres latinas hacia un fin más útil y más justo sin perder las características de la feminidad y con resultados francamente buenos. Cuba tiene un fuerte carácter criollo tradicional y folclórico que la defiende milagrosamente de las invasiones espirituales. Su decantado americanismo no ha llegado todavía al alma de ninguna de las clases sociales. La gente habanera es criolla rancia y de buena ley a pesar del inglés, el turismo, los dólares y los continuos viajes. Un gran número de mujeres cubanas trabajan y estudian sin haber perdido su feminidad ni su respeto a ciertos principios y tradiciones. Vivía en casa de una familia amiga cuyo jardín lindaba con la Universidad. Por sus puertas veía entrar y salir todos los días casi el mismo número de muchachas que de jóvenes. Conocí de muy cerca una familia sumamente honorable de la clase media. Eran cinco

hermanas de 20 a 30 años. Tres estaban graduadas y trabajaban en sus clínicas o en los hospitales con mucho éxito. Dos estudiaban todavía. Las cinco eran perfectamente correctas, muy bonitas, muy femeninas, y las tres doctoras ayudaban con su trabajo a los padres viejos y a las dos hermanas estudiantes. Su trabajo no las apartaba del matrimonio: dos de ellas tenían novios que recibían en su casa de noche según la clásica costumbre criolla. La diferencia de resultados entre esta educación y la educación tradicional que perdura allí, en la misma Habana en las clases pudientes, es, a mi manera de ver, muy notable. La “señorita bien” habanera, la rica heredera, jugadora de tenis y de bridge, vestida por Patou, propietaria de un automóvil que dirige ella misma, salida a veces de conventos y de medios muy austeros es en general preciosa, muy elegante, de trato fácil y encantadora, pero su cultura, sus condiciones de carácter y sobre todo su nivel moral, por falta de preparación adecuada a la vida moderna, es muy inferior a la de la muchacha disciplinada por el trabajo.

Gabriela Mistral, quien vendrá quizás aquí en julio o agosto, me insinuó ese deseo en una carta en la cual llama por cierto a Colombia “lo más sano del trópico”. Gabriela hablará sin duda con mucho acierto de este tema palpitante que ella conoce mil veces mejor que yo, por ser militante en todas sus ideas. Era precisamente haciendo un paralelo detallado entre su vida y la vida de Delmira Agustini, las dos mejores poetisas americanas de nuestro siglo, con lo cual quería demostrar la redención y dignificación de la mujer por la independencia pecuniaria y el trabajo. Aunque muy brevemente quiero esbozar ese paralelo.

Delmira Agustini, joven, bonita, genial, nacida en un medio burgués y austero, es el caso de la María Eugenia Alonso de *Ifigenia* llevado a la tragedia. Por la fuerza de la costumbre “toda mujer debe casarse”, se casa muy joven con el llamado buen partido. A los pocos

días del matrimonio comienza el drama de la incompreensión. Por un lado, el dueño vulgar y despótico; por otro, el desdén silencioso de la que se siente mil veces superior y se ve esclava, como consecuencia: el odio mutuo, mezclado aún de pasión, el divorcio y por fin un día en una de las entrevistas del proceso, el marido la asesina y se mata, único medio de someterla a ella y de saciar él su sed de dominio.

Gabriela Mistral, pobre, nacida en un medio honrado y modesto, sin convencionalismos mundanos, trabaja casi desde niña. Su trabajo y su fe de buena cristiana le va mostrando, al correr de los días, nuevos ideales que ella humaniza y adapta a las necesidades reales de la vida y ahí va por el mundo, sufriendo y luchando en su obra de apóstol, socialista, católica, defensora de la libertad y del espíritu noble de la raza.

Ella con su voz autorizada les hablará quizás del feminismo justo y ya indispensable. Yo, entretanto, si ustedes me lo permiten, ya es hora, me voy a buscar a mis mujeres abnegadas, o sea, “La influencia de las mujeres en la formación del alma americana”. Confieso que la redacción de este título me ha costado mucha reflexión, numerosas discusiones conmigo misma y en general todas las crueles zozobras con que suele atormentarnos el dilema de una expresión, que para ganar claridad, ha de perder elegancia. Ignoraba si sería correcto e ignoraba sobre todo si sonaría bien en oídos colombianos el decir “alma americana” en lugar de: alma latinoamericana, iberoamericana, hispanoamericana, indoamericana o indohispanoamericana. Ninguna de estas combinaciones me parecía grata ni en el fondo, ni en la forma. No tienen ligereza, no tienen alas, no tienen gracia. Suenan, no sé por qué, a esnobismo criollo naturalizado en el extranjero, origen de algunos bienes, pero de muchos males y de muchos pecados contra el buen gusto. Por otro lado, el hecho de poseer tantas y tan diversas fuentes bautismales me pareció tristísimo.

Considerando las diversas expresiones, vi que cada una, encerraba por oposición con las otras, una fórmula de disgregación. Pensé al azar en el poder de las palabras determinando los hechos, pensé en la dulce intimidad de las cosas con sus nombres y pensé (por fin) en que nuestra hermosa patria anónima, tan extensa, tan diversa y tan milagrosamente semejante sin haber tenido para el misterio de la semejanza ni brazos de cercanía ni la mesa paterna de un solo nombre iba quedándose ahora relegada al rango de expósita sin apellido y con mucho peligro de perder la hacienda. Resolví, por lo tanto, suprimir todo nombre compuesto y decir “alma americana” con sonrisa de amor, segura de que todos han de comprenderme.

Yo creo que mientras los políticos, los militares, los periodistas y los historiadores pasan la vida poniendo etiquetas de antagonismos sobre las cosas, los jóvenes, el pueblo y sobre todo las mujeres, que somos numerosas y muy desordenadas, nos encargamos de barajar las etiquetas estableciendo de nuevo la cordial confusión. Me refiero especialmente al molesto antagonismo, obra de la imprenta y no de la lengua viva que ha venido a oponer el indoamericanismo al hispanoamericanismo. Yo no quiero hablar aquí de la maldad que encierran estas dos fórmulas enfrentadas como dos teas de discordia dentro de la misma casa: de un lado, el inhumano desdén del blanco ininteligente e insensible que se cree todavía dueño y señor; del otro lado, el indianismo romántico, el odio sordo del mestizo hacia la raza intrusa, el odio que espolea diariamente la divulgada e injusta versión de la Conquista española a sangre y fuego: ¡como si solo de destrucción se tratara, como si la Conquista de América fuese un caso aislado en la historia del mundo y no la eterna y odiosa ley de todas las guerras y de todas las invasiones! Sobre este tema se ha discutido ya mucho sacando siempre a colación muy importunamente al excelente y exaltado padre Las Casas. Yo creo que el padre Las Casas fue un apóstol y un santo. Supo condenar con valor

el espíritu de crueldad que anima a la guerra y el abuso inicuo del fuerte contra el débil. Pero como muchos líderes del pacifismo y socialismo luego de amar con pasión la piedad y la justicia, amó todavía más el fuego de su propia elocuencia que pertenecía a la escuela de Savonarola. Brillante polemista vivió desgraciadamente en una época en que no existían los *meetings* ni la prensa. Sus enérgicas campañas enriquecidas con estadísticas de mortandades imaginarias al pasar a la categoría de documentos históricos han servido de instrumento en manos extrañas, es decir, en manos de los protestantes y de las razas del Norte, dos veces enemigos del Imperio español para desacreditarnos sistemáticamente y han servido a menudo entre las propias manos para despertar desavenencias y avivar odios de raza.

Contemporáneas del padre Las Casas otras en silencio predicaron la clemencia y la paz. Fueron las mujeres de la Conquista. Oscuras Sabinas, obreras anónimas de la concordia, verdaderas fundadoras de las ciudades por el asiento de la casa, su obra más efectiva a través de las generaciones en su empresa silenciosa de fusión y amor.

De una mujer, Isabel la Católica, nació —como sabemos todos— la epopeya de la Conquista. Al adivinar a Colón, ella dirigió de España hacia las selvas de América el tumulto espléndido del Renacimiento. Desde lejos, por el tiempo y la distancia, es ella la madre y la madrina europea de nuestra América. Su figura simbólica dulcificada después por la indolencia de la vida colonial encierra ya todas las características de la clásica “matrona criolla”, nuestras abuelas de ayer. En recuerdo de ellas quiero evocar un instante a la reina en esta semblanza con que prologa su traducción de la Conquista de la Nueva España, José María de Heredia. Lo hago por fe y devoción de raza, como se evoca al santo familiar en esas oraciones que por saberse de memoria se repiten todos los días:

“El 26 de noviembre de 1504 –dice Heredia–, la reina Isabel murió en su castillo de Medina del Campo. Mujer valerosa, casta y abnegada unía a las gracias femeninas todas las virtudes viriles. Su espíritu fue superior al de su época. Amó en extremo el saber y los libros. Reina intrépida y sagaz conquistó Granada y comprendió a Colón. En su lecho mortuario con la serenidad de un filósofo antiguo dictó su testamento. Desbordante de fe, de amor, de inteligencia y de magnanimidad, ese célebre testamento fue el sello de su vida noble. Isabel era buena. En las angustias de la agonía pensaba aún con inquietud maternal en su pueblo de Castilla y en sus hijos de Indias. España entera lloró a esta mujer incomparable. Había sido ella el mejor y más grande de todos sus reyes. La naturaleza misma pareció conmoverse con su muerte. La tierra tembló. El cielo cubrió con pompa lúgubre la sencillez de sus funerales. Quiso descansar en la tierra que ella misma había ganado. Bajo la tempestad, los rayos, los truenos y las aguas desbordadas un carro fúnebre la condujo a Granada. El reinado de Isabel fue la aurora de aquella gloria española que declinó en el mar con la Invencible Armada”.

Frente a Isabel la Católica del lado acá del mar, vemos pasar discretas y veladas por los relatos de los cronistas de Indias, la dulce teoría de las primitivas fundadoras. Sus vidas humildes llenas de sufrimiento y de amor no se relatan. Apenas se adivinan. Casi todas son indias y están bautizadas con nombres castellanos. Muchas son princesas. Se llaman las más ilustres doña Marina, doña Catalina, doña Luisa, doña Isabel la guaiquerí –madre de Fajardo, el conquistador de Caracas–, la otra doña Isabel –máter dolorosa del Inca Garcilaso– y otras pobres esclavas o herederas de cacicazgos que comparten con sus maridos blancos el gobierno de sus tierras y junto con el don de mando les enseñan a usar los zaragüelles de algodón, la sandalia de henequén y el sombrero de palma.

El cacique blanco, adoptado por completo al ambiente indio, no es, señores, una leyenda romántica, es un caso típico de conversión por milagros del amor femenino. El propio padre Las Casas, al elogiar la belleza de ciertas indias, cuenta hasta sesenta casadas con castellanos en la sola ciudad de la Vera Paz, y es muy elocuente y sumamente conmovedora la historia de aquel español llamado Gonzalo Guerrero, quien por haber naufragado cuando la expedición de Nicuesa vivió ocho años entre los indios. Un compañero suyo llamado Aguilar que había logrado escapar regresó un día a la tribu con el dinero necesario para pagar el rescate de Guerrero y lo amonestó diciéndole que iba a perder su alma por vivir entre indios idólatras. Guerrero lo despidió diciendo (son las palabras textuales del cronista): “Hermano, soy casado, tengo tres hijos y tiénneme aquí por cacique cuando hay guerra. Idos con Dios que yo tengo labrada la cara y horadadas las orejas. Ya veis estos tres hijitos míos qué bonitos son. Por vida vuestra que me deis para ellos esas cuentas verdes que traéis”.

Así pues en el pueblo de caneyes y bohíos, frente a los cocoteros y el mar mezclando el cacao a la vainilla o cociendo el casabe, las indias, tropicales Nausícaas, preparan junto con la cena del recién llegado el advenimiento de la época colonial, nuestra Edad Media criolla. Esa Edad Media tendrá por religión el culto casi inconsciente de la naturaleza. Ella, la naturaleza, catequiza a los nuevos bárbaros mientras estos catequizan a los indios. Sus catedrales góticas serán las ramas que en la fundación de las haciendas se irán alineando y levantando en bóvedas transparentes, musicales y altísimas. Dentro de ellas serán las bendiciones fecundas del cacao, el café, el banano, el algodón, el tabaco y la caña de azúcar. Como habrá bendición para todos, todos serán hermanos en la santa abundancia. Todos rezarán todos los días con el viejo don Juan de Castellanos su credo colombiano de conquistador agradecido (el mismo que repetí yo

también hace algunos días al entrar a Colombia por el Valle del Cauca y los campos del Quindío):

*Tierra de oro, tierra abastecida
tierra para hacer perpetua casa,
tierra con abundancia de comida,
tierra de grandes pueblos, tierra rasa,
tierra de bendición clara y serena,
tierra que ha dado fin a nuestra pena.*

Como ocurre a menudo en los viajes y en todas las empresas donde puede terciar el corazón, este cuando menos se espera, nos hace torcer de rumbo. Los conquistadores españoles y portugueses que al salir de la península eran militares o traficantes del tipo de los venecianos, sus rivales, acabaron, sin saberlo, siendo poetas fundadores de una Arcadia tropical. Vinieron a buscar oro y encontraron ideales. Después del choque brutal con la tierra generosa comenzaron a descubrir el oro dentro de ellos mismos. ¡Cuántos y cuántos oscuros aventureros al pasar el mar se convierten por milagro del ambiente en Patriarcas y en espléndidos Señores! ¡Ah! No en balde se navega por los mares del trópico bajo las noches olorosas llenas de estrellas que aumentan y se acercan junto con el navío: en el prodigio de esa primavera que va creciendo sobre el mar de Europa hacia nuestra América todo son promesas de fortuna y de amor para el viajero. Por consejos del viaje los conquistadores tan ásperos guerreros supieron a menudo ser suaves y dóciles amantes.

Las mujeres que figuran en la formación de nuestra sociedad americana imprimiéndole su sello suave y hondo son innumerables, son todas. Creo que pueden dividirse en tres vastos grupos. Las de la Conquista: son las dolorosas crucificadas por el choque de las razas. Las de la Colonia: son las místicas y las soñadoras. Las de la

Independencia: son las inspiradoras y las realizadoras. En México, en Bogotá, en Lima, en Quito, en Caracas, en Buenos Aires, en La Habana, siguen idéntica evolución. Parecen moverse en la misma ciudad, son vecinas del mismo barrio, son hermanas. Si Colombia, Venezuela, Argentina, Chile, Ecuador, guardan su largo martirologio de heroínas realizadoras y amantes, las grandes de la Independencia; es a México y al Perú donde he venido a buscar hoy dos humildes flores indígenas como prototipos de las primitivas dolorosas. Junto a la Malinche mexicana doña Marina, glorificada y feliz al fin de su vida, la melancólica ñusta doña Isabel, nieta del monarca peruano Túpac Yupanqui y madre del primer escritor americano, el tierno Garcilaso de la Vega. La vida de esta última pasará dulcemente entre el amor y las lágrimas. Como fruto de su mansa abnegación no recogerá sino ingratitud y desamor. No importa, se refugiará en el silencio y la resignación. Su dolor de abandonada madurado por su hijo en la añoranza y el destierro producirá, muchos años después, uno de los más bellos libros de la literatura clásica española: *Comentarios reales*.

Se ha hablado siempre con admiración del genio político de Hernán Cortés, de su sagacidad extraordinaria para tratar y pactar con los indios. Yo creo, señores, que esa sagacidad misteriosa de Cortés se llama exclusivamente doña Marina. En las diversas crónicas sobre la Conquista de la Nueva España, es decir, en las dos o tres que conozco, se le atribuye a doña Marina un papel importante en cuanto a intérprete y mediadora; dando consejos acertados o descubriendo conjuraciones, como la de Cholula, en la que se tramaba la muerte de Cortés y de toda la expedición. A través de lo poco que se dice, se adivina lo mucho que no se cuenta. Es absolutamente seguro que la influencia de doña Marina en la Conquista de México fue más importante, su mediación y sus consejos mucho más frecuentes y sutiles de lo reconocido por los historiadores, aun

por el mismo Bernal Díaz quien con tanto cariño la trata. Se dejan de contar porque los ahoga el tumulto de las acciones militares. Son cuentecillos que no convienen a la pompa oficial de la historia cuyo campo de acción se extiende con preferencia sobre escenas de destrucción y de muerte. La concordia, obra casi siempre de mujeres, es anónima; carece de elementos trágicos; no ofrece material para hacer epopeyas y la felicidad que es poco brillante, no se perpetúa en los libros, sino en los hijos, en la fusión fraternal de las razas y en la bondad humilde de la costumbre que va limando las asperezas de la vida hasta hacerla sonriente y grata.

Hernán Cortés había sido un donjuán. Antes de emprender la Conquista de México, tenía ya hechas numerosas y soñadas conquistas de amor. Nacido en Medellín de Extremaduras, fue enviado por su padre a estudiar a Salamanca. En lugar de entregarse a la retórica, el griego, la filosofía y el latín (que enseñaban los humanistas de entonces Nebrija, Pedro Mártir y Lucio Marineo), Cortés, adolescente y estudiante, prefería a la monotonía de los temas latinos el componer coplas y redondillas que iba a cantar alegremente bajo los balcones y ventanas de las salamanquinas. Una noche, escalando una tapia por alcanzar un balcón, la tapia se derrumbó y Cortés herido tuvo que guardar cama durante varios días con el correspondiente escándalo de la ciudad y desesperación de su padre, el modesto escudero don Martín Cortés. Convencido de que a las rosas del saber, su hijo preferiría siempre las flores silvestres y del amor en los azares de la vida picaresca, luego de darle su bendición y una bolsa, que contenía más reales de vellón, que castellanos de oro, don Martín hizo embarcar a su hijo Hernando en una expedición que salía de Sanlúcar de Barrameda hacia las Indias Occidentales. Hernán Cortés tenía diecinueve años. Primero en Santo Domingo, más tarde en Cuba, las dos colonias nacientes, la vida de Cortés sigue un tejido de aventuras amorosas. Dueño de tierras

y de encomiendas que le había otorgado por sus servicios el gobernador Velásquez, simpático, apuesto, de plática expresiva y agraciada, “muy franco en las riquezas que dar”, como dice el cronista, Cortés consiguió a menudo junto con el amor de doncellas, viudas y casadas más de una estocada que ocultaba después bajo la sombra de su barba negra. Establecido en Cuba en la ciudad de Baracoa, “debido a los ardores de su corazón y a los ardores del clima”, dice otra vez el cronista, Cortés fue cercado en una iglesia y preso largos meses por haber dado y no cumplido palabra de matrimonio a Catalina Juárez, granadina pobre de humilde origen y no muy buena fama. Obtenida la libertad después de muchas peripecias, casado con su granadina pobre, aseguraba alegremente, ser más feliz con ella que si fuera hija de duquesa.

Tal era el Hernán Cortés generoso, galante y enamorado que conoció doña Marina, cuando algún tiempo después, emprendida la Conquista de México unos caciques del pueblo de Tabasco se la llevaron de regalo al propio Cortés. “Junto con cuatro lagartijas, unas mantas, cinco ánades, dos suelas de oro y algunas otras cosillas de poco valor”, dice Bernal Díaz de Castillo, y terminada la lista de los regalos añade: “Después de convertida se le puso por nombre doña Marina a aquella india y señora que allí nos regalaron. Era verdaderamente gran cacica e hija de grandes caciques y señora de vasallos. Bien se le veía en su persona que era de buen parecer, entrometida y desenvuelta. Fue excelente mujer la doña Marina, buena lengua y buen principio para nuestra conquista por cuya causa Cortés la traía siempre consigo”.

Vendida como esclava por su madre y su padrastro quienes la dieron de noche a unos indios forasteros para usurpar su cacicazgo y su herencia. Doña Marina había pasado por diversas manos y diversas ciudades. Pudo aprender así durante su vida errante, junto con el don de adaptarse, las costumbres, aspiraciones, rivalidades e

idioma de los diversos pueblos que iba a someter Cortés. De modo, que a su inteligencia natural, unía la amplitud de miras que da el haber viajado y el tacto refinado que da el haber sufrido. Habla la lengua maya, la lengua azteca y aprendió muy pronto a expresarse en español con tal soltura y claridad como si hubiese nacido en Sevilla.

Difícilmente podemos figurarnos la impresión deslumbradora que debió de producir en la imaginación de doña Marina la persona de Cortés. Poderoso dios blanco, hijo del sol y de la luna (según creencia común de todos los indios), embajador de lo desconocido, capitán de dioses, encerraba el trueno y el rayo en sus armas de combate, corría velozmente sobre animales que parecían tener alas; su estatura y su barba lo anunciaban invencible y su presencia predicha según antiguas profecías llegaba a destruir el imperio y abrir sobre sus ruinas la era nueva. Si para los indios Cortés era el anticristo azteca, sus armas, caballos y soldados monstruos de un apocalipsis de desolación y de muerte, para las indias como doña Marina era sin duda el Mesías.

Poco o nada debía doña Marina a los suyos. Su madre la había vendido para despojarla. En su amargo rodar de pueblo en pueblo había conocido entre lágrimas la condición de las mujeres humildes de su raza. Relegadas a los más viles trabajos, maltratadas, vendidas por los hombres de unos a otros como víctimas para los sacrificios cuando niñas, como esclavas, para el matrimonio, cuando adultas, iban sin duda a mejorar de situación bajo aquellos nuevos dueños que adoraban un ídolo femenino con un niño en los brazos. Al aliarse con tanto ardor a Cortés y a la causa de los blancos contra los suyos, doña Marina, obedeciendo a imperativos revolucionarios iniciaba en alas de su amor, la futura reconciliación de las dos razas e iniciaba además en América aunque en forma muy rudimentaria aún, la primera campaña feminista.

Era “entrometida y desenvuelta”, dice Bernal Díaz al presentarla. ¡Cuánto sabor encierran en su rudeza arcaica estos dos adjetivos y cuánto se lee a través de ellos! “Entrometida y desenvuelta”, es decir, servicial, alerta, de palabra aguda y discreta con algo de coquetería y mucho de generosidad ingénita. A medida que avanza el vivísimo relato de Bernal Díaz, la sentimos actuar y la vamos conociendo hasta trabar amistad íntima con ella. Es amiga entusiasta de la novedad como buena mujer y como todo espíritu inquieto y creador. Es crédula por idealismo. Todo la deslumbra. Es el tipo de la persona simpática. Es la clásica mujer de sangre ligera que en todas partes se recibe bien porque sabe hacerse puesto y arreglar desavenencia con la alegría de su presencia. Los escribientes o pintores que enviados por Moctezuma debían darle cuenta detallada de cómo eran los invasores, entre un cielo cruzado de centellas que representan los tiros de bayesta, unos espíritus alados imagen de los caballos y otras fuerzas misteriosas, los escribientes se apresuran a estampar en la detallada carta el retrato de doña Marina como a una de las mayores fuerzas misteriosas. No hay embajada que ella no trasmita, ni proposiciones de paz que ella no presida al lado de Cortés. Ella va dulcificando acritudes al traducir los discursos de todos los parlamentos. Esta fe en su intervención como en la de una Providencia oculta nos conduce de continuo a través de las innumerables peripecias que va narrando Bernal Díaz. Hay un momento crítico, después de la toma de México en que Cortés parece haber olvidado todo el tacto y espíritu político observados hasta entonces. Se excede en rigores innecesarios. Tiene arrogancias de vencedor. Ofende la susceptibilidad de todo el pueblo al profanar la persona sagrada de Moctezuma. Se adivina el desastre que va a estallar; sube el descontento, se siente venir la “noche triste” con los horribles sacrificios de españoles al dios Huichilobos. Dan ganas de interrumpir la lectura y llamar el espíritu de clemencia y de concordia: ¿dónde estás doña Marina?

Las pasiones de Cortés eran violentas y cortas. Su amor por doña Marina se cambió pronto en apacible aprecio. Algún tiempo después de la Conquista de México la casó con el hidalgo español, don Juan de Jaramillo. “Doña Marina, que tenía mucho ser y mandaba ya absolutamente en todos los indios de la Nueva España”, dice el cronista, aceptó el matrimonio con resignación. Le quedaba de aquella larga guerra, en la que fue alma como mediadora y consejera, el recuerdo de un gran amor, la rehabilitación de su poder ante los indios y su hijo don Martín Cortés, hidalgo español y caballero de Santiago.

Oigamos cómo cuenta Bernal Díaz del Castillo la escena de sabor bíblico en la cual, por circunstancias inesperadas, se encuentran frente a frente doña Marina y su madre, la india que la había vendido siendo niña.

“Estando Cortés en la villa de Guazagualco –dice Bernal Díaz–, envió a llamar a todos los caciques de aquella provincia para hacerles un parlamento acerca de la Santa Doctrina y sobre su tratamiento. Entonces vino la madre de doña Marina y su hermano de madre, Lázaro, que así se llamó después de vuelto cristiano y con ellos otros caciques. Al ver la vieja a doña Marina conoció que claramente era su hija por lo mucho que se le parecía. La madre y el hermano tuvieron miedo de la que creyeron que los mandaba llamar para matarlos, y lloraban. Y como así los *vido* llorar la doña Marina los consoló y dijo que no hubiesen miedo, que cuando la vendieron a los Xicalango, no supieron lo que hacían y se los perdonaba y les dio muchas ropas y joyas de oro, y les dijo que Dios le había hecho mucha merced en quitarla de adorar ídolos agora y ser casada con un caballero como era su marido, y tener un hijo de su señor Cortés, que, aunque la hicieran cacica de todas cuantas provincias hubiera en la Nueva España, no lo sería, que en más tenía servir a su marido Cortés que cuanto en el mundo había y todo esto que cuento aquí lo vi muy certificadamente y lo juro, amén”.

Yo no sé qué pensarán ustedes de esta página. Para mi gusto es encantadora. Se ven pasar en ella los personajes como en esas cintas de cinematógrafo tomadas hace mucho tiempo: tienen movimientos bruscos y una ingenuidad cómica en el momento dramático. Se ve a doña Marina, nuevo José vendido por sus hermanos, símbolo de la misericordia, recibiendo a los suyos que le traen el pasado triste. Apenas los ha mirado, ya los perdona. Saca con alarde dadivoso la ropa y las joyas. Son cosas que han venido de lejanos países maravillosos. Cuenta sus aventuras fantásticas. Presenta a su nueva familia. Todos pertenecen a la raza de los extranjeros vencedores. Como es feliz, perdona la maldad pasada y la perdona con ostentación de generosidad.

Durante su evocadora narración tan llena de vida, Bernal Díaz se disculpa a cada paso de su falta de estilo, de su desaliño para escribir. Asegura que se ha visto obligado “a sacar en limpio de su memoria aquellos hechos que no son cuentos viejos, ni historia de romanos, sino cosas ocurridas ayer como quien dice” porque letrados y conocidos escritores, Gómara entre ellos, han alterado la verdad al escribir las crónicas sobre la Conquista de la Nueva España, la famosa guerra en la que él combatió más de cien veces. Le duele ver maltratar los recuerdos de su juventud y los relata como mejor puede a fin de rehabilitarlos. Como no es hombre de letras, sino un tosco soldado, una vez terminada su verídica historia le parece tan burda que morirá sin haberse atrevido a publicarla. ¡Está tan llena de detalles triviales! En efecto: son aquellos que quedan prendidos de la memoria como por caprichos de la gracia y que son en su humildad toda la poesía del recuerdo: el color de los caballos que fueron a la expedición, sus apodos, sus mañas o cualidades, el inesperado nacimiento de un potrigo hijo de una yegua castaña que nace en el buque; la cantidad de casabe y tocino que lleva un soldado llamado Juan Cedeño, vecino de La Habana, quien tenía fama de rico. A

Juan Solís –dice– le llamábamos “tras la puerta” por la afición que tenía de oír sin ser visto. A Tarifa “el de las manos blancas” porque no servía para guerra ni cosa de trabajo; a Pedro de Iricio el “pasitilla y lo que veíamos de él no era para nada...” Tales detalles van pasando numerosos y evocadores en la corriente de los hechos. La actuación de doña Marina pasa también en el fresco tumulto. Ella será la flor de la narración que no es propiamente una historia, sino algo mucho más alto y más bello: un romance en prosa.

Siento que más de una persona debe pensar que estoy hablando así por achaques del oficio y que para no desbarrar mejor, sería que me quedase siempre dentro de mi cercado de novelista. Pues bien, no. Estoy segura de que no desbarro y de que es casi un deber el proclamar la superioridad moral de este género de narraciones. Junto a ellos la verdad histórica, la otra, la oficial, resulta ser una especie de banquete de hombres solos. Se dicen con etiqueta alrededor de una mesa, cosas inteligentes y se pronuncian discursos elocuentes a los cuales no acude el corazón porque surgen de reuniones forzadas. Son rumores de falsas fiestas. Excluidas las mujeres se ha cortado uno de los hilos conductores de la vida. En cambio, en los romanos y en los evangelios, historias vivas y conmovedoras por excelencia, figuran en primer rango como en esta de Bernal Díaz no solo las mujeres, sino hasta los animales amigos y hermanos. Han pasado casi dos mil años y el aliento de la mula y el buey de Belén sigue calentando corazones. El drama de la pasión fue escrito por los evangelistas que eran cronistas rudos del género de Bernal Díaz. Ningún gran escritor de la época, ni siquiera el exquisito Plutarco, hubiera podido grabarlo con igual fuerza duradera. En la pasión un gallo tiene su salida a escena que es muy importante y las mujeres pasan en tropel siguiendo las peripecias del drama lo mismo que doña Marina. Nadie les corta el paso, al contrario; adelante todas. Son ellas, las heroínas del día. Es un drama callejero al cual todos se asoman. Descrito y representado sin cesar desde hace veinte siglos

el pueblo lo representa y lo vuelve a describir aún en Semana Santa, guardando la misma tradición de amor y de realismo que la prestan los pequeños detalles. Oigamos, como ejemplo, la saeta de las Siete Caídas recogida del pueblo andaluz. Aunque parezca digresión, no puedo menos de recordarla en honor de estos relatos sobre cuya importancia quiero insistir y en los cuales, como en la vida, la tragedia no desdeña el personaje anónimo e inesperado.

Jesús va subiendo con la cruz al hombro una cuesta empinada. Como la escena está decorada con cosas que quedan al alcance de la mano, la cuesta no está en Jerusalén, no, es una calle o callejón cualquiera de Sevilla. Se llama la Calle de la Amargura. Vestido de Nazareno, sangriento y desgredado allá viene Jesús anda que anda, atravesando lentamente por entre la multitud:

*La Calle de la Amargura
Cristo descalzo subía
con su túnica morada
la sien ceñida de espinas
y el madero sobre el hombro.
El sol cegaba la vista
relampagueando en los petos
En los cascos y en las picas.
Cristo se acordó de Judas
del que vendido lo había
después de haberlo besado
filialmente en las mejillas
y al recordar tanta infamia
dio la primera caída.*

La sangre que le corre por la frente le cae en los ojos y le impide ver claro. Los obstáculos materiales que se enredan a su paso y los

recuerdos dolorosos, que de pronto le atraviesan por la mente, le hacen dar traspiés y cae una vez y otra y otra hasta contar seis veces. Cuando piensa en la negación de San Pedro las lágrimas se mezclan con la sangre. A tal punto le oscurecen la vista que le hacen dar la más aparatosa de todas las caídas. Es la caída en honor de San Pedro. Cuando por fin al voltear una esquina se encuentra de improviso con la Virgen María, la impresión es tan intensa que no puede expresarse con palabras. Hay un gran silencio. Los únicos testigos dignos de apreciarla no son los hombres, sino la finura del aire y el vuelo de las aves que van cruzando el cielo:

*Destrenzada y sollozante
está la Virgen María
tan llorosa, que sus ojos
son dos fuentes de agua viva.
la madre dijo: ¡Hijo mío!
Jesús dijo: ¡Madre mía!
y nada más se dijeron
porque ni hablarse podían.
Para verlos, en el cielo
parose una golondrina,
calláronse las palomas
y se detuvo la brisa,
y fue entonces cuando Cristo
dio la séptima caída.*

Yo no creo que sea posible escribir mejor una escena histórica. Digo “mejor” porque como el fin moral de la historia es el de hacer amar personas o cosas determinadas, fundiendo así el presente con el calor del pasado, mientras más amables o dignas de amor aparezcan esas cosas, mejor será la historia. No lo afirmo por el prurito, tan

común a todo el mundo de denigrar de las cosas autorizadas y respetables; pero creo que mientras la verdad de los historiadores es relativa, la verdad de la tradición o historia de los no historiadores es absoluta, porque se acerca más a la realidad y se acerca con más gracia. Además la tradición se va. Hay que quererla doblemente por su utilidad ideal y porque está condenada a muerte. La imprenta la ha ido devorando. La memoria no se esfuerza en retener lo que ya está escrito y si lo retiene es imitando la forma impresa. Nadie podría ya narrar un hecho como Bernal Díaz o como los autores anónimos de las saetas que escribían no como se escribe, sino como se habla. Esta aserción pude comprobarla hace algún tiempo en mi propio país que es en donde cada cual puede comprobar mejor cualquier género de evolución.

Una vez, en Caracas, un grupo de amigos quisimos oír canciones típicas e hicimos venir a unos negros cantadores que gozaban de cierta fama. Eran llaneros. Complacientes y rebosantes de orgullo regional ofrecieron cantar lo más típico del repertorio en cuanto a música y letra. Nos cantaron en efecto, con música de galerones, joropos y corridos, escenas de las guerras de los llanos en la Independencia. Pues bien, no había casi una palabra que no la hubiesen recogido en la prensa. Dijeron: “Esforzado paladín”, “el padre de la Patria”, “los gloriosos centauros” y “el héroe epónimo”; era, en resumen, una sesión de la Academia de Historia acompañada de guitarra y maracas. Como el pueblo sabe ponerle gracia a todo cuanto hace, sobre todo cuando no se da cuenta, fue aquella una sesión académica sumamente divertida.

Habiendo observado, señores, que es de oradores distinguidos el nunca predicar con el ejemplo, hechas estas disquisiciones contra la historia no quiero ser menos que los demás; volvamos a la historia, ya, por poco tiempo, no se asusten.

Las princesas indias de acuerdo con sus leyes o costumbres se unían a menudo a los conquistadores españoles. Estas uniones, especies de matrimonios morganáticos que los españoles no siempre confirmaban con el sacramento católico podían romperse a voluntad de ellos el día en que así lo tuviesen a bien. Sumisión y fidelidad unilateral, eterna ley del más fuerte, presagiaba ya, aunque en forma muy ruda, cierta crónica enfermedad de la cual adolece aún en todas partes nuestra gentil sociedad. Aunque a menudo los conquistadores confirmaron sus uniones ante la Iglesia, fundando ilustres familias mestizas, tanto en España como en la Colonia, lo hemos visto en la historia de doña Marina, otras veces fueron a buscar el hogar definitivo junto a mujeres europeas más jóvenes o de más ventajosas condiciones. Este fue el caso del conquistador Garcilaso de la Vega y de la dulce ñusta Isabel, quien nieta y sobrina de los últimos reyes peruanos, terminó sus días en el abandono.

Garcilaso de la Vega, como casi todos los grandes capitanes de la Conquista era extremeño. Emparentado con las más ilustres casas de España contaba entre sus ascendientes al poeta Jorge Manrique, el de las coplas, a Garcilaso, el poeta de las églogas, y al otro Garcilaso, el de las hazañas de Granada. Mientras dos de sus hermanos mayores tomaban parte en las campañas de Italia y de Flandes al lado de Carlos V, él, deseoso de tener más amplitud de acción, se embarcó hacia América. Afiliado primero a la expedición fabulosa de Alvarado, unido luego a Pizarro en la conquista del Perú, su vida es la vida asombrosa de los grandes conquistadores. Terminada la guerra contra los indios, propietarios de extensas tierras, semirrey y semidiós en el nuevo país de tesoros y maravillas, Garcilaso realiza, con su propia vida, el sueño de los más ambiciosos condotieros del Renacimiento. Espléndido señor instalado en su palacio del Cuzco, la antigua capital del Imperio Inca, recibía diariamente en mesa abierta a más de 50 comensales, vestía, alojaba y proveía de

cabalgadura a cuanto amigo o conocido pobre pasase por el Cuzco y, dueño de inmensas encomiendas, era generoso y benigno con sus vasallos indios. No habiendo estallado todavía las terribles guerras civiles entre Gonzalo Pizarro y los virreyes de Lima, durante aquel paréntesis de paz, las calles y plazas del Cuzco parecían reflejar sobre los restos melancólicos de la sociedad inca todo el esplendor de la vida florentina. Mientras los indios nobles, los venerables orejones, pasaban tristes y empobrecidos embozados en sus mantas de lana de vicuña y de vizcacha, los españoles celebraban procesiones, comparsas, torneos y cabalgatas tan lujosas que en una de ellas se llevaban pedrerías por valor de 300.000 ducados prendiendo los turbantes morunos. Por inquietud de la época, a la necesidad del lujo se unía la necesidad del peligro. El más ligero roce daba lugar a un desafío y menudeaban las muertes y emboscadas por razones de venganza o de honra.

En tal ambiente de expectación y de lujo, vivía dueña y señora en el palacio de Garcilaso la ñusta doña Isabel. Todos los encomenderos españoles, que formaban la aristocracia del Cuzco, la trataban con gran cumplimiento y cortesía. Ella hacía los honores a los invitados, mantenía correspondencia con el arzobispo y estimada en extremo por Garcilaso ocupaba en el palacio rumboso de mesa abierta, tipo primitivo de nuestras casas coloniales, el puesto de la dueña de casa criolla, afable y llana en la hospitalidad.

Cuando estalló la guerra a muerte entre Gonzalo Pizarro y el virrey Núñez de Vela, Garcilaso tuvo que salir del Cuzco para afiliarse al bando del virrey. En el inmenso caserón abandonado y vacío doña Isabel se quedó sola con su niño de seis años, el futuro autor de *La Florida* y de los *Comentarios*. Setenta años después, viejo, pobre, recluido en su casa de Córdoba en España, Garcilaso, el poeta mestizo, describía en sus recuerdos de infancia, tan llenos de vida y de ternura, el martirio de su madre durante

aquellos años de sangre y fuego. Perseguidos por los enemigos de Garcilaso quienes los buscaban para degollarlos, saqueada la casa y quemados los muebles, muertos de terror, encerrados los dos en una sala secreta del caserón, la cacica y su hijo vivían del maíz que les llevaban a escondidas sus criados indios y españoles. Más de una vez, en la noche, por entre dos hojas de ventana, el niño Garcilaso había visto pasar por la calle al enemigo de su padre, el terrible y hermoso viejo Carvajal. A caballo en su mula parda, brillándole en la sombra la barba de nieve, con un albornoz morado y un sombrero de tafetán lleno de plumas blancas disponiendo preparativos de guerra y decretando suplicios y muertes, bajaba el viejo trotando por la calle estrecha y silenciosa.

Pasado el terror, continuó doña Isabel junto a su hijo, ocupando en la casa, en ausencia de Garcilaso, su puesto de esposa y de princesa inca. Cuando por Navidad y por San Juan llegaban los encomenderos a pagar los tributos, su hijo la ayudaba a llevar las cuentas con los nudos de los quipos que era la escritura incaica. En las tardes eran las largas veladas familiares, durante las cuales llegaban de visita sus parientes, los viejos pallas o príncipes incas que se habían salvado de las matanzas de Atahualpa y de la guerra con los españoles. Reunidos en tertulia, alrededor de su madre, el niño los oía recordar los esplendores pasados, los presagios celestes que habían anunciado la ruina del Imperio y, según dice el mismo Garcilaso, con sus palabras textuales: “Con la memoria del bien perdido acababan siempre en lágrimas y en llanto diciendo: ‘Trócesenos el reinar en vasallaje’”. A solas con su madre ella le contaba a menudo con voz temblorosa de emoción la suave leyenda de Manco Cápac y de su mujer, hijos del Sol, civilizadores del mundo y fundadores del Cuzco. En las noches tibias, trémulas de luceros, la madre lo llevaba de la mano y le enseñaba en la altura la figura de la alpaca celeste cuyos miembros forman la vía láctea; le mostraba en las manchas de

la Luna la huella de unos besos que le había dado la diosa enamorada y le contaba cómo la lluvia proviene del cántaro de una doncella a quien su hermano se lo quiebra con el fragor del trueno.

Un día, terminadas ya las guerras civiles, volvió al Cuzco Garcilaso de la Vega. Era el mismo gran capitán afortunado y rico. Su hijo, el niño mestizo, salió a recibirlo en hombros de criados como era costumbre conducir a los príncipes indios en las grandes solemnidades. ¡Pero ah! El padre regresaba casado o para casarse con una noble española. Después de los terrores de la guerra llegaba así con el ausente la humillación y el abandono. ¡Eterno drama que tejen las largas separaciones entre la fidelidad y las mudanzas del corazón! Al narrar en sus *Memorias* aquella gran decepción de su infancia, Garcilaso, el viejo escritor no tiene una palabra de acritud para su padre a quien quería con vehemente admiración. Ni una frase hiriente para su madrastra a quien pasa en silencio. Su dolor se desborda sobre el recuerdo de la pobre india abandonada. Parece ir a buscar en las más puras fuentes de su idealismo místico la compensación de tanta ingratitud. Sus *Comentarios* están dedicados “A mi madre y señora –dice– más ilustre por las aguas del bautismo que por la sangre real de tantos incas peruanos”. ¡Hermoso epitafio, filial, de esperanza y de perdón!

Cuando algunos años después de su segundo matrimonio el viejo Garcilaso moría en el Cuzco, su hijo mestizo, casi adolescente todavía, fue a la corte de España a fin de reclamar ante el rey derechos sobre tierras y encomiendas que pertenecían a su madre. La sentencia se hizo esperar, murió en el Perú doña Isabel y Garcilaso solo, en la flor de la edad, rodeado en España de consideraciones y afectos se ilustró en la guerra contra los moriscos, viajó, vivió en Italia y de regreso a España se ordenó sacerdote y se entregó para siempre a la vida del espíritu. Retirado en su cortijo cordobés, rodeado de algunos criados y muy pocas tierras, su reino fue desde

entonces el de la vida interior. Luego de completar el estudio de humanidades, mal aprendidos en su adolescencia abrió su alma de poeta a todas las corrientes de los siglos xv y xvi. Junto con los clásicos griegos y latinos estudiaba los escolásticos, leía los más célebres escritores y poetas del Renacimiento y tradujo en forma deliciosa *Los tres diálogos de amor* de León Hebreo. Al comenzar el otoño de la vida, su alma de artista solitario se orientó por la añoranza hacia su patria americana. Ella iba a ser desde lejos, en los frutos maduros, la verdadera tierra prometida de su espíritu. Mientras con sus propias manos Garcilaso sembraba en su huerto cordobés el arbusto de la coca y trataba de aclimatar en su jardín las flores que de niño recogió en los campos del Cuzco, empezó a narrar en estilo, lleno de gracia y amenidad, *La historia general del Perú*, *Las guerras civiles entre españoles* y *La Florida del inca*. Narrador folclorista es el historiador poeta de América. Pero donde su prosa sonriente llega a la más alta cumbre creadora es en los *Comentarios reales*. Memorias de su infancia, recuerdo de recuerdos que otros le narraron, allí convergen y se unen en amor como en su propia vida las dos corrientes principales que formarán las futuras nacionalidades americanas. Los *Comentarios* del Inca Garcilaso –dice Prescott el escritor angloamericano– son una emanación del espíritu indio. En efecto, si bien se escucha, bajo la transparencia de la prosa parece correr con rumor de lágrimas una queja de ultratumba. Es todavía el eco de la voz maternal cuando señalando las estrellas relataba en la noche las candidas leyendas de la tradición incaica. Confiadas a la voz por carecer de escritura, ellas habían de apagarse para siempre al apagarse los últimos acentos maternos en los oídos del niño mestizo. Pero el niño desde la vejez y el destierro a impulsos de su nostalgia debía regresar a la infancia, recoger la voz milenaria con cariño filial y al encerrarla religiosamente en su prosa cristalina hacer con ella un símbolo. Ese temblar de lágrimas, como lejano

rumor de quena o flauta indígena es el manso lamento que en lo más hondo de la raza dejan ver todavía nuestras oscuras y no reconocidas abuelas indias. Nota de tristeza en tono menor, es la más genuina y delicada de todas cuantas vibran en el tumulto de nuestra alma americana. Como Garcilaso, el español mestizo, guardémosla en la forma castellana sin renegar de nadie, bendiciendo la armonía de la unión en la fe del porvenir y en el perdón por la sangre vertida y las lágrimas lloradas.

Nuestra época colonial hispanoamericana, o sea los tres siglos de vida que se extienden entre las guerras de la Conquista y las guerras de la Independencia, forman un período de fusión y de amor en el cual impera un régimen de feminismo sentimental a la moda antigua que termina al comenzar las guerras de la Independencia. Por poco que nos acerquemos a esa época, advertimos que dentro de su gracia fraternizamos con entera naturalidad todos los países de la América española. Como casi no ha dejado huellas ni en archivos, ni en cartas, ni en libros notables, porque la dulzura del vivir la acostumbó al silencio, su ritmo suave y monótono solo ha llegado hasta nosotros lleno de encanto por medio de la tradición oral. Para hablar de la Colonia hay que tomar el tono llano y familiar de la conversación y de los cuentos: el tono que toma la abuela de palabra fácil que vivió mucho y leyó muy poco; o el que toma el negro viejo que adherido siempre a la misma casa o a la misma hacienda, confunde entre imágenes sus propios recuerdos con el recuerdo de cosas que otros le contaron. Para hablar, pues, de la Colonia es preciso narrar, es preciso hablar a menudo de sí mismo, es decir, de las propias impresiones, que al azar aquí y allá hemos ido recogiendo.

Ingenua y feliz como los niños y como los pueblos que no tienen historia, la Colonia se encierra toda dentro de la Iglesia, la casa y el convento. Yo creo, podría simbolizarla una voz femenina detrás de una celosía. Desnuda de política, de prensa, de guerras, de industrias y de negocios es la larga vacación de los hombres y el reinado sin crónica ni cronistas de las mujeres. Vida en comunidad uniforme y un poco misteriosa como la vida de los enclaustrados es sin duda uno de los períodos más sugestivos que presenta en la historia del mundo entero la evolución de una sociedad que se madura en silencio. Sobria y caballerosa, como la Edad Media, fina como el siglo XVIII francés, tiene algo más trascendental que la bonita sonrisa de las marquesas que leían a Rousseau. La Colonia no es escéptica. Indolente, tolerante y voluptuosa por exigencias del clima, detrás de su indolencia está la fe, el sacrificio a fuego lento de la vida entera, el amor trágico lleno de celos al modo español y una necesidad de ensueño que se alimenta con ideales lejanos y espera la llegada de algo incierto en el vaivén de una hamaca.

Mi cariño por la Colonia no me llevaría nunca a decir como dicen algunos en momentos de lirismo que desearían haber nacido entonces. No. Yo me siento muy bien dentro de mi época y la admiro. Creo que para este momento tan corto que es nuestra existencia, ella es un buen mirador bien aireado donde se puede pasar el rato distraído mirando libremente hacia todos los horizontes. Digan lo que quieran sus detractores, es una época valiente, inquieta, inteligente, generosa y tolerante, en el sentido de que acoge con idéntico ardor una tras otra todas las intolerancias. Como esos amigos simpáticos, puntuales y un poco egoístas, reúne a muchas ventajas, la de que no podamos quererla demasiado. Sabe borrar a nuestro paso las pequeñas tragedias sentimentales y como nos ha libertado de muchos grandes terrores suele tenernos el corazón frotado, confortable y medio vacío como la sala de baño de un gran *Palace*.

Yo le doy todos los días las gracias por las comodidades morales y materiales que nos proporciona y se las doy además porque en medio de su vértigo conserva aún, para sus preferidos, remansos de recogimiento y de paz como es, sin ir más lejos, esa encantadora Quinta Bolívar que tan bien habla del buen gusto bogotano, es en esos remansos donde podemos a voluntad escuchar el rumor de otros tiempos. Digo “sus preferidos” porque mientras más se vive en el presente más sabor por contraste tiene el pasado. Ese pasado nos lo ofrece nuestra época de brusca evolución no solo en los libros y en las viejas ciudades, sino en los sentimientos, en las expresiones y hasta en las indignaciones de ciertas personas, quienes, sin darse cuenta, se hallan todavía dentro de un aura de otros tiempos. ¿Quién de nosotros no ha vivido un poco en la Colonia gracias a tal amigo, tal pariente o tal vieja sirvienta milagrosamente inadaptados al presente? En lo que me concierne debo decir que casi toda mi infancia fue colonial y que la necesidad de reaccionar contra ella en una edad en que todos somos revolucionarios tanto por espíritu de justicia como por espíritu de petulancia fue la causa que me impulsó a escribir.

Buena o mala influencia, no lo sé, esos vestigios coloniales junto a los cuales me formé están llenos de encanto en mi recuerdo y lo mismo en Caracas que aquí en Bogotá, que en el resto de América, ellos constituyen para mí la más pura forma de la patria.

La Independencia como toda revolución o cambio brusco, solo alteró cosas exteriores. El espíritu colonial siguió imperando a través de todo el siglo XIX hasta alcanzarnos. Enemigo en la práctica de las ideas revolucionarias, fuentes de la Independencia, vivió en contradicción con su propia obra. En Venezuela, ya que hablo especialmente de mis propios recuerdos de familia, segura de que en ellos han de reflejarse fraternalmente los mismos recuerdos de cada uno de ustedes, en Venezuela, a ese espíritu colonial se le llamó con injusticia

y con desdén Partido Godo. Era el encargado de guardar la tradición. Lo formaban en su mayoría los mismos libertadores que se habían arruinado con la guerra. Tachado de intransigencia y cortedad de vista, empobrecido, apartado del poder, a raíz casi de aquella dolorosa Independencia que había hecho con lo mejor de su sangre y de su fortuna, el Partido Godo supo purificarse en la adversidad y despojado de toda fuerza material siguió dirigiendo moralmente la vida interior de la casa. Su influencia era sana y su intransigencia estaba temperada por la ternura y la generosidad. Cada casa era la casa de todo el mundo. Sabían ser pobres con nobleza y con humorismo. Atacaban a sus triunfantes enemigos políticos con la sátira casera que es un arma que a la vez que ejercita el ingenio se tiene de balde, y para divertirse sin comprar billete para el teatro miraban con ironía la propia escasez. Esta no llegaba nunca a avergonzar porque en la sencillez de la vida sin dar lo superfluo daba con abundancia lo necesario. Había para guardar el decoro de la mesa abierta con los suficientes platos criollos sobre el mantel de hilo blanco bien zurcido y bien lavado oloroso a cedro y a vetiver. Desde el cielo el sol de todos los días se encargaba de calentar en el corral el agua del baño y los garrafones de aguardiente mezclado con hierbas del campo reemplazaban los frascos de agua de colonia. Como el mal gusto proviene casi siempre del abuso de lo superfluo, aquella aristocracia pobre de Caracas, la de todo el siglo XIX, se amoldó a la disciplina de sobriedad y sin darse cuenta del seno de su pobreza germinó con naturalidad cierto buen gusto. Una de las más finas manifestaciones de ese buen gusto era la sencillez sin preparativos ni secretos con que se ofrecía la hospitalidad. Cuando en 1872 un decreto del gobierno federal mandó a cerrar los tres viejos conventos de monjas con prohibición de que estas volvieran a formar comunidad en ningún otro local, casi todas las buenas familias de Caracas se apresuraron a ofrecer un cuarto de su casa para que sirviera de celda a cada una de las nuevas sin familia.

En Venezuela no existen ya hoy día los partidos políticos que dividieron el país en dos bandos durante el siglo pasado: se puede, por lo tanto, hablar de ellos como se habla de los muertos, sin pasión y sin temor de ofender. Los que durante el siglo XIX representaron en Venezuela el Partido Federal o avanzado tenían, es cierto, lo que se ha dado en llamar dinamismo o afán de progreso, pero carecían en cambio de todo espíritu poético. Creían que progresar quería decir destruir. Y destruían sin descanso tanto en lo moral como en lo material para implantar sobre las ruinas sentimentales un progreso un poco caricaturesco porque no habiendo brotado espontáneamente por necesidad del medio se desprendía a grito de él. Una de estas medidas vandálicas fue ese decreto de 1872 por el cual se ordenaba la secularización de las monjas y gracias al cual se derribaron los tres viejos conventos coloniales. Es difícil describir el dolor y el escándalo que produjo entonces en Caracas semejante medida. Los conventos eran los relicarios vivos de tres siglos de Colonia. Situados en el centro de la ciudad alrededor de la Plaza Mayor, luego Plaza Bolívar, daban junto a la Catedral el tono de una arquitectura tosca y sobria, que tan bien armonizaba con el clima, el cielo, el paisaje. El decreto levantó una ola de indignación muda. Casi nadie se atrevió a protestar públicamente porque la protesta se pagaba muy cara. Solo una de las tres superiores, que era por cierto parienta política del presidente y era monja letrada, escribió una magnífica carta en la que protestaba, defendía sus derechos y pedía que le dejaran por lo menos trasladar su comunidad a las afueras de la ciudad. El presidente contestó que no podía acceder a tal petición, que las comunidades tenían forzosamente que disolverse y que tal era en su concepto la manera de servir a Dios dentro del espíritu de su siglo. La superiora replicó de nuevo que ella no tenía autoridad suficiente para levantar la clausura de sus monjas, que les ordenaba al contrario la desobediencia al Estado y que, por lo tanto,

esperarían todas a que viniese la fuerza armada a hacerles cumplir la orden. En efecto, cuando llegó la autoridad, la superiora hizo formar a las monjas en fila, entonó el *Magnificat* y cantando, escoltadas por las bayonetas, salieron para siempre de su convento. En la plaza las esperaba ya el coro de familias que les ofrecía hospitalidad. Los tres conventos reunían juntos sesenta y cuatro monjas. Todas, aun las provincianas, aun las casi decrépitas que ya no tenían recuerdo de amigos o parientes diseminados en la ciudad, encontraron así al instante alojamiento y calor de hogar. Es cierto que junto con la monja cada familia acogía una prueba viva del despotismo del Gobierno enemigo y podían así satisfacer a un tiempo la ternura del corazón y las exigencias de la pasión política, porque aquellos godos tenían la exaltación terrible de los puros. En el segundo patio de la casa, sombreado por alguna palma real o por algún naranjo cada monja reconstruyó su celda con paredes encaladas, un altar, una imagen, un reclinatorio y una pobre cama. El altar tenía dos velas y estaba adornado con flores de trapo o flores vivas del corral. Como el ambiente de familia no difería mucho del ambiente del convento mientras en el patio de adelante corría la vida del siglo: las tertulias, los novios y las ventanas abiertas a la calle, en el traspatio seguía la monja su clausura con su hábito de carmelita, sus sandalias silenciosas y su rosario de cuentas que le sonaba al andar. Allí a la sombra de las matas cosía, rezaba y continuaba haciendo para el consumo de la casa el famoso chocolate y los famosos bizcochuelos del convento.

Yo alcancé a conocer en mi infancia a una de estas exclaustradas. Su recuerdo me ha enseñado luego a leer muchas cosas oscuras. He visto en él no ya el idealismo manso de las mujeres quienes, madre de familia, encerradas en la casa modelaron el carácter de nuestra sociedad, sino el de las otras que tuvieron por cierto gran preponderancia en la Colonia, aquellas, que acorraladas por los prejuicios

y por la vulgaridad ambiente, aun sin ser devotas se volvieron hacia el misticismo y se fueron al convento: eran amantes del silencio las eternas sedientas de vida interior y, aunque parezca contradictorio, las precursoras del moderno ideal feminista.

Aquella monja, recuerdo de mi primera infancia, símbolo del idealismo femenino y colonial, se llamaba la Madre Teresa. Era una de las últimas supervivientes de la cruel dispersión. Vivía en la casa vieja de una señora viuda que la había alojado y que era tan vieja como la casa. Mis hermanas y yo íbamos a menudo a visitarlas porque éramos vecinas y porque sin duda a los cinco y siete años nos apuntaba ya esta alma de turismo violento que anima a toda nuestra época. Empujar el portón y entrar de golpe en el patio de la Madre Teresa era volar en un segundo a otro país, mejor aún, era pasar de un siglo a otro siglo. No se necesitaba tener sentido histórico para comprenderlo. Nosotras ignorábamos aún la existencia de la historia. Sin embargo, apreciábamos la vejez de aquella casa como cualquier buen arqueólogo aprecia la inscripción de una piedra. Nuestra forma de aprecio era más grata porque no se mezclaba a ella la intervención de la inteligencia que es con frecuencia árida, sino la de los sentidos que es siempre amena. Nos lo anunciaba el olfato en cierto olor a humedad de casa con goteras visitada por numerosos gatos; nos lo anunciaban los ojos en la vegetación enmarañada del patio, en las tejas enmohecidas que entre motas de hierba se torcían hasta llegar a los aleros, en las canales cansadas de tanto cargar agua y en los santos de la sala con sus vestidos tiesos de damasco. Todo en aquella casa tenía el encanto de la vejez raída y limpia. La Madre Teresa, especie de duende majestuoso con el hálito oscuro y el óvalo del rostro bien apretado dentro de la toga blanca, era la habitante natural de aquel humilde museo. La dueña de la casa era anodina, la monja era austera, había entre las dos la nota de alegría que recordaba el humorismo campechano de Santa Teresa y de

todos nuestros conventos coloniales de América. Esta nota castiza la sostenía a todas horas la criada.

Las monjas al ingresar al convento llevaban junto con el dote una sirvienta. Esto ocurría durante la Colonia en casi todo el continente. En Caracas en tiempos anteriores, mientras existió la esclavitud, era una negra esclava. El día de la ceremonia de profesión luego que la monja pronunciaba los tres votos entregaba a su negra la carta de libertad. La esclavitud voluntaria de la libre libertaba así a la esclava. Tal era el reglamento de las carmelitas Descalzas de Caracas: “el vergel de perfecciones y cigarral de virtudes” como poéticamente lo había llamado en el siglo xvii el escritor Oviedo y Baños. Cuando la expulsión, quedaron en la calle junto con las sesenta y cuatro monjas, sesenta y cuatro sirvientas. También las sirvientas estaban sin asilo porque acostumbradas a la vida del convento les era difícil adaptarse al servicio ordinario de las casas que carecían para ellas del prestigio monástico.

La Madre Teresa había emigrado del cigarral junto con su sirvienta quien fiel en la larga adversidad cuando la conocimos la ayudaba aún a hacer los dulces y contestaba a la novena y al rosario si no había otras personas del vecindario que viniesen a rezarlo. Era una mulata jovial cuyas carcajadas celebraban el menor detalle cómico que apareciera en el ejemplo de una novena o en las Vidas del Año Cristiano. Como trataba a los santos con excesos de familiaridad, hacía continuos y edificantes actos de fe, puesto que los despojaba de sus actitudes hieráticas y los ponía a circular en la vida. Cuando declaraba por ejemplo que San Antonio era maula, porque se cogía la limosna y no concedía el favor o cuando aseguraba muy seriamente que la mejor manera de halagar a San Pascual era la de rezarle bailando, puesto que era un santo de natural bailón, escoba en ristre abría con sus manos robustas las puertas del cielo indiscreta y bruscamente. Tras ella aparecían los santos divirtiéndose con

inocencia y alegría en una especie de baile de negros. Debo advertir que esta manera de honrar a San Pascual bailando no era especialidad de aquella criada, sino que es devoción muy común entre los negros de Venezuela. No es nada raro en Caracas que toquen todavía a la puerta de la calle y que aparezca entre las dos hojas una negra o mulata diciendo luego de saludar con amabilidad: “Vengo a ver si me hacen el favor de una limosnita porque estoy recogiendo para un baile que le ofrecí a San Pascual cuando la enfermedad de un hijo que tuve muy grave”. La limosna se da y el baile se celebra sin mucha devoción, pero con mucho aguardiente.

Tanto la monja como la criada eran viejas sin llegar a ser decrepitas. La monja era grave. Nunca hablaba del convento. Tenía la dignidad magnífica de los que han sufrido persecuciones sin quejarse, porque saben que de nada sirven las quejas. Sumados los dos espíritus daban el tipo de la monja humorista e intelectual a lo Santa Teresa y a lo sor Juana Inés de la Cruz. Yo creo que aquella Madre Teresa en su silencio tuvo un alma de poeta y que si entró en el convento fue para vivir entre los lirios del señor, pero fue también para vivir entre los libros. En aquellos tiempos y en nuestros medios, la mujer que se entregaba a estudio era una especie de fenómeno que se quedaba al margen de la vida. Este prejuicio estuvo tan arraigado en el alma de los hombres que existe muy vivo todavía. Para hacerse perdonar el andar entre libros hay que halagarlos escribiendo sobre temas de amor. “Mujer que sabe latín tiene mal fin”, se decía antes y se piensa ahora. Del desdén por la bachillera se pasaba bruscamente, una vez consagrada su fama, a una excesiva admiración que encerraba más curiosidad que aproximación de cariño. Ambas cosas: la incomprensión y el endiosamiento eran molestas para un alma delicada. En el convento en cambio, se podía vivir impunemente entre el silencio y los libros. Remontándonos dos siglos atrás, hallamos este caso demostrado en la historia de la vida y de la vocación de sor

Juana Inés de la Cruz, prototipo de la mística intelectual que tanto abundó en los conventos coloniales.

Sor Juana Inés es sin duda uno de los más completos genios femeninos que hayan nunca existido. Cuando se lee su biografía y se conocen sus obras, asombra el ver que tal riqueza de dotes hayan podido reunirse en una sola persona. Linda, ingeniosísima, apasionada y llena de vida, tenía todos los talentos. Además de su genio poético, era música, pintora, gran humanista y conocedora de las ciencias naturales y de las ciencias exactas. Nacida en Francia dentro de su misma época, habría sido uno de los más brillantes genios literarios y una de las más seductoras mujeres de la corte de Luis XIV. Nacida en la Colonia, cargada con la maravilla de sus dones se fue silenciosamente a ofrecerlos a Dios en un convento. Aunque provinciana y de posición modesta, su fama de niña genial había llegado hasta el palacio del virrey de México. Se llamaba entonces Juana de Asbaje, vivía en el mundo y no había cumplido aún veinte años. Un día el virrey la invitó a su palacio, e invitó por separado a los más conocidos teólogos, doctores y letrados: sumaban entre todos cuarenta. Tenían la consigna de hacer por sorpresa a la niña sabias preguntas sobre toda clase de conocimientos, a fin de ver cómo las contestaba ella y deducir así si su ciencia era infusa, adquirida o artificiosa. Yo me imagino que Sor Juana que tenía mucho ingenio, al ver caer sobre ella aquel aguacero de erudición interrogante, debió contestar con ironía cuando su memoria no la ayudó a contestar con acierto. Como era además muy linda supo también contraatacar con sonrisas de ciencia infusa. Es el caso que salió muy brillantemente de aquella celada en la cual cayó más de uno de los examinadores. Para las almas superiores la victoria encierra a veces una tristeza más sutil que el dolor de la derrota. La derrota provoca la reacción y hace brillar de nuevo la esperanza. Juana de Asbaje, la niña sabia, sintió el hastío de su gran triunfo intelectual del cual

se habló en todas partes, sus ecos llegaron hasta la corte de Madrid y desde aquel día a los éxitos del mundo prefirió la vida retraída. Se retiró al convento, se llamó Sor Juana y se dio enteramente al estudio hasta llegar a ser uno de los más grandes poetas que produjo la Colonia.

En la paz de la celda se unía armoniosamente el cultivo de la inteligencia al cultivo de las virtudes, esos dos huertos cerrados y vecinos. Se crecía en sabiduría y se crecía al mismo tiempo en santidad. El amor al Señor era un largo noviazgo exento de decepciones que duraba toda la vida, sin temor de que lo marchitase la vejez. Los versos de amor donde se expresaban con vehemencia las quejas de la pasión divina, después de bien pulidos se imprimían en la mente para que los leyese Dios, el reposado lector. Solo por orden del confesor o del obispo se publicaban libros. Por obediencia había escrito en Castilla Santa Teresa y por obediencia escribió la Madre Castillo, la extraordinaria clarisa colombiana.

El caso de esta monja demuestra la inclinación a la cultura que existía en los conventos coloniales. La Madre Castillo nació y murió en una ciudad de provincia: en la deliciosa ciudad de Tunja. El único viaje de su vida fue el que hizo en la adolescencia de su casa al convento de Clarisas. Yo creo que esa ciudad de Tunja, encerrada entre los Andes colombianos, debe ser especialmente propicia al ensueño y a la contemplación. En ella pasó los últimos años de su vida el conquistador y cronista don Juan de Castellanos que como buen precursor de la cultura colombiana fue conquistador, letrado y poeta. Allí después de ordenarse sacerdote escribió los ciento cincuenta mil versos de sus memorias que llamó: *Elegías de varones ilustres de Indias*. Esta encantadora extravagancia de hacer una crónica en verso rimando a veces los detalles más prosaicos del mundo debió aconsejárselo el ambiente poético de la ciudad. Muchos críticos ilustres, Menéndez Pelayo entre otros, se lamentan de que Castellanos haya

descrito en verso tantas cosas antipoéticas. Yo creo, al contrario, que hizo muy bien en escuchar los consejos del ambiente y en darles su limosna de poesía a las pobres cosas prosaicas. En la misma ciudad un siglo más tarde la Madre Castillo sintió también la necesidad de encerrarse a rezar y a pensar. Cuando comenzó su noviciado apenas sabía leer. Encerrada en su celda, o apartada en un rincón del claustro, siempre solitaria con algún libro en la mano guardó silencio durante muchos años. Las demás monjas, juzgándola excéntrica, la llamaban soberbia y visionaria. Fueron estas incomprendiones las espinas de su vida. Un día su confesor le ordenó que escribiese y rompió el silencio. Todo el mundo se quedó asombrado de su erudición. Los obispos creyeron que se trataba de un caso de revelación divina y le ordenaron que escribiese su vida. Lo hizo en el estilo llano del siglo xvi, pero como todo artista verdadero sintió la corriente de su época y reflejó a Góngora en sus versos. Celebrando, por ejemplo, la eucaristía dice con amor vehemente:

*Fuego en que el alma se abrasa
hidrópica de su incendio.*

Y después:

*Por sustentarme echaste
el sello de tu amor en una oblea.*

¿Cómo pudo llegar tan fácilmente el gongorismo en buques de vela y en lomos de mula hasta la celda de la monja andina?

Además de la cultura en los conventos coloniales bien aireados y bien llenos de sol había mucha alegría. La mojigatería de ciertas beatas y beatos y la de algunas órdenes religiosas contemporáneas no es colonial, sino importada influencia jansenista. Ya Santa Teresa desde

Castilla había dado en muchas ocasiones el tono de la fe campechana. Una vez cayó sobre toda su comunidad una plaga de no sé qué insectos innumerables. Eran tan insistentes que perdida la esperanza de exterminarlos por las buenas, Santa Teresa tuvo que acudir a una medida extrema: mandó a quemar toda la ropa del convento y haciendo un gran esfuerzo, porque andaba la pobre escasa de dinero, vistió de nuevo a sus monjas. El día de la inauguración de los vestidos, se celebró una procesión medio jocosa, medio de acción de gracias en la cual se cantó el siguiente estribillo compuesto por ella misma:

*Pues nos dais vestidos nuevos
rey celestial,
librad de la mala gente
este sayal.*

El buen humor no solo se trasladó a los conventos de la Colonia, sino que se desarrolló aquí por su cuenta con rapidez. Junto al buen humor creció también la libertad. El trópico es enemigo de la reserva de la etiqueta y de la severidad, cosas buenas para los países del norte. Al calor le gustan las tertulias al aire libre y se opone en lo posible al aislamiento. Algunos viajeros que vinieron a América en el siglo XVIII y escribieron sus impresiones de viaje, como Ulloa y Jorge Juan, se extrañaron de las excepcionales “anchuras” de que gozaban por aquí las comunidades religiosas. Estas “anchuras”, como dice Ulloa, consecuencias del clima, eran bastante inocentes. Una de ellas consistía en recibir innumerables visitas en el locutorio. Se formaban así verdaderas reuniones mundanas donde se discutía sobre temas teológicos, pero en donde se hablaba con animación de cosas mucho menos encumbradas. Otra anchura que se juzgó muy criticable era el número de esclavas o sirvientas seculares adheridas a las comunidades. Hubo conventos en México y en La Habana en donde cada monja

tenía a su servicio personal de cinco a seis sirvientas. Buenas místicas y buenas criollas pensaban sin duda que no era edificante gastar fuerzas materiales en su propio servicio, sino que debían reservarlas para cuando se presentase la ocasión de gastarlas en el servicio de Dios. Mientras tanto, las seis criadas lo hacían todo.

Este exceso de sirvientas provocó, por cierto, en México, un famoso pleito entre un convento de monjas y un provincial de la Orden de San Francisco, llamado fray Mateo de Herrera quien llegaba de España a visitar las comunidades. Escandalizado el provincial por el número de sirvientas que contó en un convento: eran 500, un verdadero ejército, decidió reducirlas a una mínima expresión. Las monjas se opusieron indignadas, el provincial insistió, todos los parientes de las monjas las apoyaron, la discusión se encrespó y fue a dar a la Real Audiencia. Hubo un largo pleito. Nombrado árbitro el virrey sentenció a que se rebajara a la mitad el número de sirvientas. Pero como las monjas se negaron a despedir ni a una sola, ganaron brillantemente el pleito. De las casas ricas a los conventos y de los conventos a las casas ricas iban y venían los regalos acompañados de un amable recado oral. Eran bandejas con rosquillas de almendra; frutas de horno; suspiros de monja y chocolate fino. Cargar la bandeja y decir el recado era una de las más delicadas ocupaciones de las discutidas criadas. Sor Juana Inés que quiso con vehemencia a la marquesa de Paredes, una de las virreinas, le mandaba casi diariamente regalos de dulce o de labores de mano y se las ofrecía en verso. Una vez que le envió un zapato bordado y una torta de chocolate glosó el regalo con un romance que empezaba así:

*Tirar el guante, señora,
es señal de desafío,
conque tirar el zapato
será muestra de rendida.*

Yo no sé si las glosas de Sor Juana Inés irían en sobre cerrado o si la recitaría en voz alta y bien timbrada la mandadera. Veo muy bien el anterior cuarteto recitado ante una puerta abierta por sobre el chocolate y el zapato aguantada la bandeja entre las manos firmes de la mandadera. El recado fue una forma de expresión importantísima durante la Colonia en que la amistad era comunicativa y ni existía el teléfono ni se usaba la forma epistolar sino para secretos mensajes de amor. Un recado bien nutrido y bien dicho duraba un largo rato y había que ver el arte lleno de sutilezas y matices con que lo daba una esclava que fuera recadera fina. En él entraba según las circunstancias frases de bienvenida, de felicitación o de condolencia, noticias sensacionales, observaciones sobre el tiempo, quejas y declaraciones de cariño. Todo ello adornado con una retórica especial en un español medio declamado y medio negro en el que de tiempo en tiempo para mayor finura se oían sonar las eses, en Caracas por lo menos. Yo llegué a escuchar algunos de estos recados durante mi infancia. Hasta 1910 llegaron algunos. Se los mandaban entre sí las señoras viejas que sentían por el teléfono una repugnancia sagrada, y las negras que los daban solían llevar aún el paño blanco de las esclavas puesto por la cabeza.

El convento de monjas ocupaba un lugar importantísimo, en la vida íntima y en la vida social de la Colonia. El torno –según dice un escritor de nuestros días– giraba más que un trompo alrededor de su eje, no solo para llevar y traer regalos, sino para transmitir súplicas y pasar las limosnas, “A la madre superiora” –decía una voz del lado de afuera– “que tenga la caridad de ofrecer un rosario para una necesidad muy grande. Ahí le va la limosna para las almas benditas” –y giraba el torno.

En ciertos días se celebraban fiestas en las cuales, según consta en los programas, había comedias, romances, bailes y provinciales. Las monjas tocaban piezas de música y cantaban villancicos. Asistían el

arzobispo y el virrey o capitán general, según la ciudad que fuese. En México, en tiempos de Sor Juana, no faltaban nunca el virrey y la virreina, marqueses de Mancera. Sor Juana que lo hacía todo con vehemencia, quiso con pasión a esta virreina que había antecedido a la otra, a la del romance del zapato. Esta primera se llamaba Laura y murió durante su virreinato. Sor Juana que la había celebrado en vida la lloró después de muerta en innumerables sonetos y endechas. Uno de estos sonetos empezaba así:

*Mueran contigo, Laura, pues moriste,
los afectos que en vano te desean
mis ojos a quien privas de que vean
la hermosa luz que un tiempo concediste.
Muera mi lira infausta en que influiste
ecos que lamentables te vocean
y hasta estos rasgos mal formados sean
lágrimas negras de mi pluma triste.*

Yo veo en el culto que rendía Sor Juana a las virreinas, la misma disposición que tenemos todavía en América de celebrar con vehemencia todo lo que llega de ultramar. Bien analizado es una forma de idealismo ingenuo. Como la naturaleza del trópico predispone al ensueño y anuncia cosas grandiosas se forja dentro de sus proporciones una Europa fantástica y un poco descomunal, lo mismo que se podría forjar un cielo. Los que vienen de allá llegan impregnados del mismo prestigio. Son especies de querubines con alas de cera. Cuando estas se funden al calor de la realidad, viene la decepción, pero la fe no muere. Renace en otra influencia, en otra moda, en otra personalidad puesto que la naturaleza sigue siempre ahí lista para forjar cielos. En nuestros tiempos los forjamos con preferencia en París. Durante la Colonia era en la corte de los Austrias y de

los Borbones. El nacimiento de un infante, o el aniversario del rey eran junto con la Semana Santa las grandes solemnidades del año. Las campanas repicaban, había iluminaciones, las señoras nobles mantuanas salían a la calle y todo el mundo se divertía. El destronamiento y detención de Fernando VII por Napoleón hirió a las colonias en lo más vivo de su cariño místico. Se había humillado al rey sagrado. Todas se despertaron. Cuando vino la decepción y se dieron cuenta de que era un rey de baraja, ya no volvieron a dormirse para soñar con él. Se le habían perdonado muchas cosas, pero que desde allá nos dejara saber que era un rey de baraja, eso no se lo perdonamos nunca.

Como más sensibles y sedientas de ideal, eran las mujeres las más dispuestas a endiosar cualquier cosa. Tanto Jorge Juan como el conde de Ségur quienes vinieron a Caracas y Cartagena de Indias en el siglo XVIII cuentan la acogida entusiasta que hacían las criollas a los europeos. Ségur, quien llegó a Caracas renegando de las incomodidades del viaje y del espíritu estrecho de las autoridades coloniales, al entrar en la ciudad cambia de tono. Ve las ventanas llenas de mujeres bonitas que se asoman para saludar sonriendo a los oficiales franceses y le parece Caracas un valle encantador donde se goza en forma especial la dulzura de vivir. Cada cual, dice, se apresuraba a ofrecernos su casa y las señoras abrían la celosía para apoyar sonriendo la invitación. Tan encantado quedó de aquella sencillez hospitalaria que no olvidó nunca los días pasados en Caracas. No olvidó tampoco a las Aristiguieta, primas de Bolívar, con quienes bailó a menudo y a quienes llamaban por bonitas y por ser nueve hermanas –las Nueve Musas.

Jorge Juan cuenta por su lado que aquí en Cartagena de Indias, las criollas distinguidas no se veían nunca circular por la calle. No salían sino de noche. Iban a misa los domingos a las tres de la mañana. Su rango de nobles o mantuanas les impedía salir sin manto y como

el calor del sol les hacía el manto insufrible, se quedaban en la casa mientras duraba el día. Tendidas en la hamaca con la pantufla de tacón y el vestido claro mirando a través de una ventana el cielo, las palmeras y el mar soñaban con las cosas lejanas.

Cuando un extranjero llegaba hasta sus torres de marfil, lo recibían con excesiva amabilidad: le regalaban frutas, flores o dulces hechos en la casa. Grandes fumadoras, la mayor de las atenciones consistía en encender ellas mismas un cigarro y pasarlo bien prendido al que querían obsequiar.

Las mulatas, cuarteronas o quinteronas, el grado tenía mucha importancia, sí podían sin rebajarse allí en la misma Cartagena circular por la calle con una simple basquiña de tafetán, blusa y paño blanco por la cabeza. Tenían como gran diversión ir al puerto a ver llegar los galeones. Con frecuencia recogían por caridad y cuidaban en sus casas a los chapetones o europeos recién llegados quienes a menudo desembarcaban ya enfermos de las fiebres que los atacaban en el trópico y que se llamaban por su nombre chapetonadas. Cuando el chapetón se curaba se casaba a menudo con alguna de sus enfermeras. Si se morían, las mulatas caritativas lo lloraban con las lamentaciones y gritos de rigor, le hacían su buen velorio, lo enterraban con decencia y le mandaban decir sus nueve misas.

El tipo de la mantuana soñadora encerrada eternamente en la casa sin ver más horizonte que el que abarcaba su ventana abierta abundó mucho en la Colonia. Místicas indefinidas sin vocación para el convento ni para el matrimonio, ambiciosas o desengañadas por el primer amor se quedaban al margen de la vida. Sembrando cariño y abnegación en la familia envejecían solteras. Más maternales que las propias madres fueron ellas, en gran parte, las viejas tías solteras las creadoras de nuestro típico sentimentalismo criollo que quiere siempre con dolor y que se exalta hasta la tragedia en los casos de ausencia, de enfermedad o de muerte.

Hay una poetisa colonial anónima y quizás colombiana quien solo escribió una vez con el seudónimo de Amarilis. Su personalidad misteriosa que nunca llegó a identificarse refleja, en su lindo poema o historia de su vida y de su amor, el tipo tan interesante y tan frecuente de la soñadora criolla. Esta exquisita Amarilis que pasa como una sombra por la literatura colonial sin dejar más que una carta, merecería estudiarse escribiendo sobre ella un libro entero y su poema epistolar debería ser más conocido en los países en que se habla español. Pero tal vez sea su principal encanto el de haberse quedado en la penumbra dando desde allá una lección de buen gusto a los vanidosos divulgadores de sus medio-talentos. Según algunas conjeturas Amarilis debió nacer en una provincia del Perú muy a principios del siglo XVII puesto que escribió en 1621. Dice una versión que del Perú pasó muy joven a Santa Fe de Bogotá donde acabó su vida. Pero, ¿cómo vivió? ¿Se casó por fin? ¿Estarán aquí mismo sus descendientes? ¿O se quedó soñando siempre con amores imposibles?

Muy joven, muy culta, lectora apasionada de los clásicos y de sus contemporáneos se enamoró a distancia de Lope de Vega cuya fama se hallaba en todo su esplendor. Lo conoció por sus libros y a fuerza de admirarlo y de simpatizar con su espíritu sintió por él una verdadera pasión romántica. Para decírselo le escribió en secreto una carta en verso donde le contaba con sencillez su amor, su vida y la vida de lo que la rodeaba y la quería. Le declaraba además que lo escogía como amante porque no tenía por dichoso estado el querer la realidad ni los bienes posibles. Ella se firmó Amarilis y a Lope de Vega lo llamó Belardo.

Encantado y conmovido Lope de Vega contestó, pero como no sabía a quién dirigir la respuesta insertó las dos cartas en uno de sus libros. Menéndez Pelayo quien juzgaba los versos de la primera, es decir los de Amarilis, como los más frescos y graciosos de la literatura

colonial, dice comparando las dos cartas: “Por esta vez, perdóneme Lope, la humilde poetisa americana se lleva la palma”.

Amarilis empieza su larga carta haciendo su autobiografía y contando a Lope de Vega la historia de sus abuelos que fueron conquistadores y fundadores de su ciudad. Habla cuando viene al caso de historia antigua y de mitología con naturalidad. Cuenta cómo se quedó huérfana junto con otra hermana y le participa que es rica, bonita y feliz:

*De padres nobles dos hermanas fuimos
que nos dejaron con temprana muerte
aun no desnudas de pueriles paños
el cielo y una tía que tuvimos
suplió la soledad de nuestra suerte.*

(Aquí está ya la nota típica de la familia criolla).

*De la beldad que el cielo acá reparte
nos cupo según dicen mucha parte
con otras buenas prendas
no son poco bastantes las haciendas
al continuo sustento
y estamos juntas con tan gran contento
que un alma entrambas rige y nos gobierna
sin que haya tuyo y mío
sino paz amorosa, dulce y tierna.
Ha sido mi Belisa celebrada
que este es su nombre y Amarilis mío.
Entrambas de afición favorecidas,
yo he sido a dulces musas inclinada,
mi hermana aunque menor, tiene más brío*

*y gracias por quien es muy conocida,
al fin todas han sido merecidas
con alegre himeneo.
Yo, siguiendo otro trato,
contenta vivo en limpio celibato,
con virginal estado,
a Dios con gran afecto consagrado
y espero en su bondad y su grandeza
me tendrá de su mano
guardando inmaculada mi pureza.*

Sigue hablando durante un largo rato de sus aspiraciones al amor platónico y luego de elogiarlo le declara a Lope que es a él a quien ella quiere así a distancia sin ver ni tocar, única manera que considera elevada:

*El sustentarse amar sin esperanza
es fineza tan rara que quisiera
saber si en algún pecho se ha hallado,
pues nunca tuve por dicho estado
amar bienes posibles
sino aquellos que son más imposibles.*

Aquí aparece el alma lírica. Es la misma sedienta de abnegación y de responsabilidades de que antes hablé, que representa ya el ideal feminista tan denigrado y tan incomprendido en su forma más pura:

*Oí, Belardo, tus conceptos bellos,
tu dulzura y estilo milagroso
y admirando tu ingenio portentoso*

*no pude reportarme
de descubrirme a ti y a mí dañarme.*

*Oí tu voz, Belardo, ¿mas qué digo?
No, Belardo, milagro han de llamarte,
este es tu nombre, el cielo te lo ha dado,
y amor, que nunca tuvo paz conmigo,
te me representó parte por parte.*

Amarilis se declara luego ignorante en sucesos de amor y, como quien solo tiene coloquios con el cielo, pide a Lope un don poético: que escriba en verso la vida de la santa de su devoción:

*Yo y mi hermana una santa celebramos
cuya vida de nadie ha sido escrita
el verla de tu mano deseamos
tu dulce musa alienta y resucita
y ponla en estilo tan subido
que sea donde quiera conocido
¡oh, qué sujeto, mi Belardo, tienes
con que de lauros coronar tus sienas!*

Para despedirse le recuerda:

*Finalmente, Belardo, yo te ofrezco
un alma pura a tu valor rendida.*

Parece después como si relejera la carta y descontenta por no juzgarla a la altura de sus aspiraciones, se acongoja, pero por fin la cierra y la manda con lo mejor de su alma:

*Versos cansados ¿qué furor os lleva
a ser sujetos de simpleza indiana
y a ponerlos en manos de Belardo?
Al fin aunque amarguéis, por fruta nueva
os vendrás a probar aunque sin gana
y verán vuestro gusto bronco y tardo
el ingenio gallardo
en cuya mesa habréis de ser honrados
hará vuestros intentos disculpados:
navegad, buen viaje haced la vela,
guiad un alma que sin alas vuela.*

¿Cuántas Amarilis no han vivido desde entonces en nuestras ciudades-celosías mirando pasar la vida por entre los barrotes de las ventanas y por entre las líneas de los libros? ¿Cuántas no han llevado su carta a Belardo muda y presa durante muchos años hasta escribirla por fin en prosa a quien no la inspiró ni la merecía? ¿Cuántas otras por no escribirla en prosa no la escribieron nunca?

Entre los vestigios o reliquias semicoloniales de mi infancia guardo muy viva la influencia de dos de estas grandes soñadoras. A ellas les debo sin duda el cariño casi místico que siento hoy por la vieja tradición criolla que se va. Sus dos imágenes representan los dos extremos de la Independencia por su lado más íntimo. Era la primera una empedernida realista y la segunda una exaltada patriota. A la realista solo la conocí por referencias, pero por referencias tan vivas que debido a ellas casi puedo decir que he visto con mis ojos la Colonia. Durante su juventud que había florecido a fines del siglo XVIII se había llamado doña Francisca Tovar. Al envejecer, gracias a los hijos, nietos y biznietos llevó para todo el mundo el nombre típico criollo de Mamá Panchita. Como digo, solo la conocí por referencias a través de su hija, mi abuela materna, que a pesar de ser

mujer letrada sabía narrar con la viveza de imágenes que solo suelen usar las iletradas. Las aventuras de Mamá Panchita cuya vida iba de 1787 a 1870, más o menos y abarcaba todo un ciclo de prosperidades, persecuciones, tragedias y decadencias, fueron sus cuentos que en boca de mi abuela entretuvieron mi infancia. Puedo decir sin exagerar que conducida por su mano y acompañadas las dos por la sombra de Mamá Panchita, vagué por el Caracas que visitó Humboldt, el anterior a la revolución y al terremoto del año doce. Heroica durante la guerra, Mamá Panchita lo había sido todavía más durante la paz, debido precisamente a la impopularidad absoluta de su heroísmo. Rodeada en su propia casa de patriotas y de próceres ilustres, ella, en plena derrota siguió siendo realista contra todos sin ceder un segundo hasta el día de su muerte.

Nieta del conde Tovar, no de los magnates coloniales de Caracas, vecina y contemporánea de Bolívar, con quien durante su infancia había jugado mucho a la cebollita y la gallina ciega en la plaza de San Jacinto, Mamá Panchita se había casado a los quince años al apuntar el siglo XIX con un vasco español llamado don Francisco Ezpelosín, que era alto empleado de la Compañía Guipuzcoana. Los buques de vela de esta Compañía Guipuzcoana llevaban a la península el mejor cacao de Caracas, pero traían en cambio a la Colonia por contacto con Francia los gérmenes de la revolución. A la Compañía Guipuzcoana le debió en gran parte Venezuela aquel brote magnífico de cultura y de heroísmo aventurero, que produjo a Miranda y a toda la pléyade de Libertadores. Al comenzar, pues, el siglo XIX Mamá Panchita que era mantuana linda, rica y sumamente frívola como buena hija del siglo XVIII, se hallaba en todo su esplendor. El vasco don Francisco tenía muchas haciendas y buques de vela de su exclusiva propiedad. Según mis sospechas, yo creo, que Mamá Panchita no leyó nunca más libros que su devocionario durante la misa mayor del domingo y ese, muy por encima. Vestida

de olán clarín, dormitaba la siesta rodeada de esclavas. Mientras una le andaba en la cabeza, otra le rascaba los brazos, una tercera le espantaba los mosquitos y una cuarta le ponía las medias las cuales, gran lujo entonces, nunca fueron sino de pura seda. Un día para desgracia suya y pérdida definitiva de sus medias estalló la malhadada revolución. ¡Adiós para siempre las siestas tranquilas! Don Francisco, su marido, prudente como buen rico, pensó que “lo mejor” es el enemigo de “lo bueno”, no se adhirió al movimiento revolucionario y resolvió conservar una estricta neutralidad. Pero llegó a su vez la Guerra a Muerte y se comenzó a arrasar con los neutrales. El que no estaba con la revolución estaba en su contra y a los sospechosos se les hacía decir “naranja” o “Francisco” a ver cómo andaba de pronunciación. Perseguido por los patriotas, confiscados sus bienes, sin poder siquiera decir su propio nombre, don Francisco tuvo que esconderse para salvar la cabeza. En vano Mamá Panchita fue a rogar a sus primos hermanos, los Tovar y Mendoza de la Independencia, que las dejaran por lo menos conservar una haciendita con su casa para poder vivir tranquilos, que ellos eran gente de paz. Todos le contestaron muy secamente que se las arreglara como mejor pudiera que la República necesitaba dinero, y que ¡quién la había mandado a casarse con un español! Después de peligros sin cuento don Francisco logró escapar, y Mamá Panchita, rodeada de sus niños, con su última esclava, su último chal de Cachemira y su último par de medias de seda puesto, se embarcó en un buque de vela rumbo a San Juan de Puerto Rico. Y vinieron los largos años de destierro. Cuando regresó a Caracas, ya viuda y más pobre que la cucarachita Martina, tuvo que ir, a ocupar un pabellón situado en el jardín de lo que había sido la casa de los Tovar, ya también arruinados. Allí su vejez fue una protesta continua y muy documentada contra el nuevo régimen. Las cosas de la República en honor de la verdad marchaban ya bastante mal. Mamá Panchita

aprovechaba la menor oportunidad y atribuía todos los entuertos a la revolución y a su examigo y vecino a quien aseguraba con sorna conocer mejor que nadie y a quien nunca llamó “Libertador”, ni siquiera Bolívar sino “este niño Simón, el de la plaza de San Jacinto”. Cuando lo elogiaban demasiado, sea por la prensa, sea de viva voz, ella bajaba la suya por prudencia y murmuraba para que solo oyera el que quisiera oír: ¡Nunca le encontré nada de particular. Ni siquiera tenía buena figura!

Coleccionaba los hechos crueles de los patriotas para referirlos cuando viniera a colación y como quien no quiere la cosa, ante un público que la escuchaba con indiferencia y le contestaba con ironía. Les aseguraba, por ejemplo, que Bolívar había firmado el decreto de Trujillo, mojando la pluma en la sangre caliente de un español. Sus sobrinos, nietos y biznietos le replicaban que si andaba escaso de tinta, sería porque hasta eso se habían robado y bebido los realistas.

Las anécdotas sangrientas e inéditas de Mamá Panchita que oí en mi infancia y que en su mayoría, lo confieso con pena, no he guardado en mi memoria, se perdieron ya para siempre. Lo mismo perdí las otras: las de la vieja tía prócer. Las escuchaba entonces como cosas de viejo: como quien oye llover. Era esta segunda, la tía prócer, la verdadera soñadora y la que conocí personalmente, una vieja soltera que bien podría, como Amarilis, haber sido la amante silenciosa e intocada de algún Lope de Vega. Nunca he sabido su historia, si alguna tuvo, las historias de amor de las solteras que no murieron jóvenes y gloriosas a lo María Bashkirtseva, no interesan a nadie. La familia no las recuerda. Sobre el corazón pudoroso que se marchita con su secreto van cayendo los días como copos de nieve, y el secreto queda enterrado bajo la blancura y el tiempo. Se llamaba esta vieja soñadora Teresa Soubllette. Hermana de mi bisabuela, nieta de Teresa Aristiguieta, una de esas nueve musas de que habla

Ségur en sus *Memorias*, era la hija menor de Carlos Soublette, uno de los generales que libertaron a Colombia en Boyacá. La figura de Soublette es, sin pasión de familia, una de las más puras de nuestra Independencia. Pero como dijo Páez, hablando de sí mismo también Soublette vivió demasiado. Lo alcanzó el desprestigio de épocas que salpicaban mezquindad. Jefe del Partido Conservador de que antes hablé, quiso gobernar en Utopía. Los libertadores estaban tan convencidos de la santidad de su causa que una vez terminada la Independencia creyeron haber purificado el mundo entero. Su candor les costó caro. Presidente de la República, Soublette, rodeado por el fracaso de su idealismo, cayó para siempre del poder con las manos muy limpias, pero cayó para terminar su vida bajo una cruda persecución. Muerto, la misma persecución continuó hostigando su recuerdo.

Una prueba es esta: cuando en Venezuela el Gobierno contrario hizo editar por su cuenta las *Memorias* de nuestro gran O'Leary, que como sabemos todos, es una de las principales fuentes de la historia de la Independencia, mandó suprimir de ellas casi todo lo que se refería a Soublette. Así mutiladas fueron a la imprenta y así circulan desde entonces. ¡Él, que se hallaba tan íntimamente mezclado a las páginas manuscritas por haber sido primo y compañero de armas de Bolívar y por haber sido cuñado del propio O'Leary! Cuando murió, sus restos no fueron al Panteón de Caracas donde están enterrados los más modestos militares, no ya de la Independencia, sino de lo que llamaron luego "La Federación". Tan grandes eran entonces los odios de partido y aquellas disensiones que hicieron decir a Bolívar: "He arado en el mar".

Cuando conocí a tía Teresa Soublette impedida, en una silla de ruedas con los ojos muy vivos y la inteligencia muy clara, se lamentaba de las numerosas injusticias cometidas contra la memoria de su padre. Para enumerarlas se apoyaba en deliciosas anécdotas que

ni ella ni sus oyentes apreciamos entonces. Era aquella especie de letanía ilustrada su tema favorito. Yo creo que con las mismas quejas debía lamentar alguna otra injusticia sentimental más personal y más honda que no decían los labios. Encumbrada en su silla guiaba el rosario, hacía colchas de crochet, politiqueaba y leía sin cesar. A veces un historiador joven venía a consultarla sobre algún dato o anécdota relativa a su padre. Los refería con minuciosidad y devoción. Aunque sus recursos intelectuales eran modestos, tanto le gustaba cultivar la inteligencia, que a su sirvienta, una negra joven que había traído del confín de una hacienda, no solo le enseñó a escribir y a leer, sino que le trasmitía en secreto sus conocimientos del francés. Tales clases tenían lugar a puerta cerrada. Temía la burla de sus tres generaciones de sobrinos y escondía con misterio el Ollendorff y los cuadernos donde se guardaban las conjugaciones, temas y borrones de su cómplice a quien había logrado comunicar la sagrada fiebre de saber. Todo el mundo conocía el secreto, pero todo el mundo aparentaba ignorarlo. Aquel pobre francés era sin duda una de las llaves con que durante su larga vida había entrado ella al país del ensueño. Antes de morir, para que no se perdiese, lo legaba así humildemente a su negra.

Otra llave que le abría la puerta del ensueño era una correspondencia que la ponía en contacto mensual con Colombia, país sagrado para su alma idealista. Cuando los venezolanos y los colombianos éramos una misma cosa como lo seguimos siendo, pese a esos límites discutidos imaginarios y pese también a esa cosa exterior que llaman gobierno y política, en los tiempos en que éramos todos la Gran Colombia una rama de la familia, los O'Leary Soubllette habían pasado a Bogotá. Doña Carolina O'Leary, bogotana, que todos ustedes conocieron, y tía Teresa Soubllette, caraqueña, sin haberse nunca visto, tenían una gran intimidad epistolar. Duró la correspondencia desde la infancia de las dos hasta la muerte de una

de ellas, lo cual debe abarcar un período de cerca de ochenta años. Yo no sé qué tal sería la Caracas que con sus cartas amarillentas habría edificado doña Carolina O'Leary. La Bogotá de tía Teresa Soubllette era una idílica ciudad de naipes llena de perfecciones arbitrarias cuya falsedad saltaba a la vista. Cuantas veces su alma sentimental recibía un choque de decepción contra la realidad, lo achacaba al ambiente frívolo, irrespetuoso y no bastante fino de Caracas. Aseguraba que en Colombia reinaba a todas horas la corrección, que todo el mundo rendía culto a la memoria del general Soubllette, y que se rezaba el rosario en familia sin quejas ni interrupciones, ella lo sabía muy bien por las cartas de doña Catalina O'Leary y mirando el retrato de su corresponsal rodeada de hijos y nietos sacaba esta deducción que nos echaba en cara entre suspiros: "En Bogotá, niños, óiganlo bien, ¡los viejos cuentan!".

Un día, la suerte le deparó un desengaño que no debía hacer mucha mella en su fe tan arraigada.

Habían llegado de paso a Caracas unos estudiantes recomendados a ella por doña Carolina O'Leary naturalmente. Tía Teresa quiso obsequiarlos como era debido y los invitó a almorzar junto con algunos de los sobrinos en tercer grado. Desde la víspera se hizo trasladar a la cocina y erguida en su silla de ruedas, como el propio general Soubllette en Boyacá, dirigió todo el ir y venir que requería un menú ecléctico. Se hicieron hallacas, como llaman en Caracas a los tamales, hervido de gallina, torta de polvorosa, bien-me-sabe de coco, se hicieron en fin los más finos y exquisitos platos de su edad de oro, porque como buena hija de prócer, había ganado dinero *in illo tempore* haciendo postres para los bailes. Cuando llegó la hora del almuerzo, muy vestida de negro con cadena de azabache y el pelo partido en dos con su raya en el medio bien liso y bien peinado, sentada en su silla, lista para que la rodaran al comedor a presidir la mesa, esperaba la llegada de los festejados en el portal o corredor de

entrada como es costumbre en Caracas. Pasaron las doce; las doce y media, la una, las dos, las tres, y los estudiantes no asomaron por ninguna parte. Divertidos quizás por otro lado tomando *cocktails* entre gente de su edad, olvidados por completo de la invitación, nos habían puesto un “lapin” como se dice en París cuando no se acude a una cita.

A las tres de la tarde, llena de dignidad en su derrota, tía Teresa Soubllette dio la señal para ir a almorzar por fin sin los invitados. La adolescencia es cruel. Cuando llegamos a la mesa victoriosos y muertos de hambre abusamos de la victoria y del botín como verdaderos vándalos. “¿Tú ves, tía Teresa –decíamos abriendo las hallacas–, lo que te han hecho tus queridísimos colombianos? ¡Sin avisar siquiera! ¡Peor que nosotros! Para que sigas diciendo que son tan finos, tan atentos con los viejos y que debíamos aprender con ellos. ¡Bonitos maestros! ¡Ah, en todas partes cuecen habas!”.

Pero ella heroica hasta el fin, escondiendo su sorpresa, no capitulaba: “a esos niños, decía declamando, les ha pasado algún accidente como si lo viera, y estoy angustiadísima pensando en sus pobres madres!”

Naturalmente que no les había ocurrido nada. Se supo al siguiente día: era un olvido, uno de esos olvidos realmente involuntarios, pero que Freud descendiendo a lo más hondo del subconsciente haría derivar del temor violento de aburrirse en compañía de la pobre vieja romántica. También ella se valió de recursos freudianos para guardar fresco su ideal. Halló una explicación y continuó profesando su religión consoladora: los desengaños y el aislamiento moral de la vejez eran efectos del medio ambiente. En otras partes, en Colombia sobre todo, se les rendía culto a los muertos, a los viejos y a todo lo que representara un valor espiritual. Su idealismo contagioso acabó por triunfar. En lo que me concierne, me hizo conocer a Colombia por la fuerza de la repetición y me la hizo querer con el

mismo impulso romántico porque a pesar de su Bogotá de naipes en la elección y en la vehemencia del cariño, tía Teresa Soubllette tenía razón. En cuanto a su almuerzo desdeñado, creo que encierra una moraleja que me he repetido a mí misma muchas veces cuando queramos hacer obra de arte o de provecho: no nos alejemos de un todo por caminos extraños y llamativos que son tal vez hostiles, vayamos a sentarnos de tiempo en tiempo a la noble mesa criolla, la del ambiente, las tradiciones y el paisaje. Modesta y substanciosa ella nos espera siempre en su rincón de sombra como la mesa del padre en la parábola del hijo pródigo.

Antes de ir a buscar la influencia decisiva y medio oculta que van a tener las mujeres en la revolución o Guerra de la Independencia, les invito a evocar la época. Mirémosla pasar un momento como en la pantalla de un cinematógrafo. La imagen exterior nos reflejará así más vivamente lo que pasa en el alma. Imaginemos una calle cualquiera de cualquiera de nuestras ciudades coloniales, ¿se parecen todas tanto! Corren los últimos años del siglo XVIII.

Es al caer la tarde. A uno y otro lado del paisaje, sobre las ventanas y sobre la calle corre el alero con su festón de tejas coloradas. De tiempo en tiempo, bajo el alero, corre también una canal pidiéndole agua al tejado. Canal y alero quedan tan bajos que, subiéndose al segundo tramo de una ventana, pueden alcanzarse con la mano. Las ventanas tienen balaustres gruesos y empotrados como los de una cárcel y son anchas. Por cada tres o cuatro ventanas hay un portón claveteado. Es todo lo que ofrecen las fachadas. El piso de la calle está empedrado con cantos rodados o con lajas anchas. Crece la hierba entre las lajas. Crece también sobre las tejas y de vez en cuando salpica por capricho el borde de una canal. Levantando los ojos se ve el cielo límpido. La temperatura es deliciosa y sobre los tejados asoma un campanario y asoman a los lejos las montañas.

Andando, andando, calle abajo, allá vienen dos esclavos vestidos de blanco que cargan en parihuela una silla de mano. Ya se acercan.

Ya pasan. Recostada en la silla con manto y mantilla, toda de negro, apenas se le ve la cara, va una mantuana, es decir, una criolla noble de las que solo pueden salir a la calle, envueltas en un manto, de donde el nombre de *mantuana* o aristócrata. Es tarde. Ya van a dar las siete. Ya comió la mantuana, ya se rezó el rosario, ya los esclavos levantaron los manteles y las esclavas se fueron a hacer dormir con cantos y cuentos a los niños de la casa. Meciéndose al paso que riman los parihueleros, doblan la esquina silla de mano y mantuana. Ella va a la tertulia del señor marqués o el señor conde su primo tercero o su primo cuarto. Es el más rico de todos los de la ciudad. La calle se queda sola un buen rato. Ahora por la esquina que doblaron los parihueleros asoma un capuchino. Viene del convento y va a casa de un impedido para confesarlo. Crujen las sandalias y castañetea el rosario a medida que avanzan los pasos. Vuelve la calle a quedarse sola otro buen rato. Ahora se detiene en la esquina el único vigilante nocturno que hay en la ciudad y grita con voz que tiene de queja y de canto: “¡saquen la luz!” La voz se sigue oyendo de esquina en esquina: ¡saquen la luz!, ¡saquen la luz!, hasta que por fin se pierde como un eco en los confines de la ciudad. A poco se entreabre la primera ventana, y una negra con los brazos desnudos y el escote redondo que brilla junto al borde de la camisola blanca, alza el brazo y cuelga de uno de los tramos de la reja un candil de aceite encendido. Ya se acerca la noche. Ya la hilera de candiles alumbraba la calle que no debe quedarse a oscuras cuando no hay luna.

Como es propiedad de todos la alumbran entre todos. Ahora viene un mantuano. Es joven. Ahí se acerca caminando ligero. A él también le cruje el calzado y va moviendo al vaivén de los pasos los faldones del casacón de terciopelo. Él también va al chocolate del señor marqués. Lleva peluca blanca, chaleco de seda, chorrera de encaje, calzón y zapatos bajos con hebilla de plata. Tiene los bolsillos atestados de libros. Los lleva escondidos no vayan a descubrirlos

las autoridades civiles o los delegados de la Inquisición. Uno de los libros, el más peligroso y el que, por lo tanto, se espera con mayor ansia, es un folleto llamado *La Declaración de los Derechos del Hombre*. “Van a leerlo en alta voz dentro de un rato en la sala del marqués. El mantuano lo ha recibido directamente del granadino Nariño quien a escondidas en su casa de Bogotá lo tradujo, lo imprimió y lo ha puesto a circular desde México hasta la Tierra del Fuego. Por semejante atentado Nariño ha sido preso, lo van a enviar a presidio y le van a confiscar todos sus bienes. Quizás si la lectura de esta noche le cuesta al mantuano lo mismo. ¡Qué se hace! Con su tesoro y su peligro en el bolsillo va caminando contento. Junto con el tesoro lleva quizás un nombre ilustre que va a guardar para siempre la historia. Tal vez no. Tal vez como la mantuana, el fraile y los esclavos, está condenado a una muerte oscura. Su sangre anónima correrá en el torrente que empezó a manar en conjuraciones fracasadas como las de Gual y España y que desde entonces corre y correrá hasta estancarse por fin 25 años después en Ayacucho. Ya el mantuano dobló la esquina. Ya cayó enteramente la noche. Entre los árboles de un corral vecino se oye el cantar siniestro de la pavita. Dos manzanas más allá, a portón cerrado, la tertulia del marqués se prolonga misteriosamente hasta la media noche”.

Con muy ligeras variantes este mismo cuadro se repite al mismo tiempo en las mismas ciudades que ya están maduras para la Independencia, llámense virreinos, capitanías o simples provincias. Durante la segunda mitad de siglo, la nobleza criolla ha cultivado su espíritu. Casi todos los jóvenes van a estudiar a las universidades de México, Lima o Bogotá que son las más famosas. Algunos van a Europa. Si los criollos ricos, refinados y orgullosos como son, acatan desde lejos la autoridad del rey, están en cambio enconados contra los chapetones o gobernantes españoles quienes a menudo, brutales e interesados, no tratan de adaptarse al ambiente. Solo

piensan en enriquecerse a expensas muchas veces de esos mismos criollos dueños efectivos del país porque son los dueños de la tierra. A veces para mortificarlos más eficazmente los chapetones se alían con los pardos. Parciales les dan la razón o les conceden privilegios sobre los criollos blancos sus enemigos naturales. Humillados en su orgullo de casta los criollos guardan un hondo rencor. En el grupo de descontentos, ellas, las mantuanas, se destacan. Son las abanderadas de este sentimiento de encono que está pidiendo a gritos una protesta. Como lo demostrarán en la Independencia, bajo su exterior lánguido tienen un alma de fuego lista para todas las exaltaciones, todos los sacrificios y todos los heroísmos. Los clubes o centros de reuniones secretas donde irán a conspirar los hombres solos, casi no existen todavía. Las mujeres, por lo tanto, asisten a los comentarios, a la exposición de las nuevas ideas, a todos los gérmenes de revolución que van creciendo a puerta cerrada en las salas y en los patios de las casas principales. Allí, en la tertulia ellas fustigan a los hombres con sus observaciones personales y sus palabras vehementes. Una contará el último rasgo de superioridad insolente que le sorprendió al capitán general durante la misa mayor del domingo. Otra comentará la desatención de un chapetón cualquiera quien le cedió tarde y mal el paso cuando ella, escoltada por la esclava, la silla y la alfombra de rezar en la iglesia, salía a pie de la catedral y atravesaba la plaza camino a su casa.

Se ha hablado mucho de la influencia favorable a la revolución que tuvo aquí en toda América la expulsión de los jesuitas. Los vehículos activos de tal influencia fueron las mujeres. Esta observación salta a la vista. El conde de Aranda, ministro de Carlos III, quien tan extraordinarias reformas, superiores al espíritu de la época, pensaba aplicar al régimen colonial español, no se dio cuenta de la catástrofe sentimental primero y política después que iba a desencadenar en América la salida de los jesuitas. Como

en toda pena de destierro seguida de confiscación de bienes la expulsión de los jesuitas dio lugar a escenas desgarradoras que no podían olvidarse fácilmente sobre todo en aquella época de exaltado sentimentalismo en que la vida entera giraba alrededor de la iglesia y el convento. Los expulsados eran en su mayoría criollos, hijos, hermanos y parientes que al verlos embarcar los despedían para siempre hacia una especie de muerte en donde los esperaba la hostilidad y la miseria. Era la época negra de la Compañía de Jesús. De todas partes la rechazaban y el papa iba pronto a suprimir la orden. Hábiles directores de conciencia como lo han sido siempre, a la vez que divulgaban la cultura y prestaban todo género de servicios morales y materiales los jesuitas de la Colonia, poderosos por sus riquezas y su influencia imperaban por completo en el reino de las almas, en el de las almas femeninas muy especialmente. En ellas inculcaban la idea inseparable de Dios, Patria y Rey. Estos tres conceptos formaban un solo credo. La patria y el rey eran sinónimos de la sumisión a España. Arrojadados y perseguidos por el ministro del rey se disoció la trinidad y cundió en las conciencias la anarquía del cisma. Por otro lado, acosados por los sufrimientos, los jesuitas desterrados se acordaron que eran criollos y comenzaron a ser desde el extranjero los mejores agentes de la Independencia. Aquí en América, las mujeres seguían llorando en los ausentes a sus hijos, a sus hermanos y a sus directores de conciencia. Las demás órdenes religiosas mal preparadas para ejercer la dictadura espiritual por menos sutiles y por ser rivales responsables hasta cierto punto de la expulsión, no llegaron a ocupar nunca el lugar que dejara vacío la Compañía de Jesús. Privada de tan absorbentes directores la piedad femenina sin perder su forma exterior perdió la rigidez y la austera disciplina católica y española. Salida de su cauce la religión sufrió la misma transformación que había sufrido la raza. Ella también se hizo criolla. Ella también se meció en hamaca, ella

también se abanicó indolentemente pensando en cosas amables que no mortificaran demasiado el cuerpo. El calor de las llamas del infierno se fue atenuando hasta convertirse en una especie de calor tropical molesto, pero llevadero con un poco de paciencia, descanso y conversación. El pecado mortal se hizo una abstracción bastante vaga y el terrible Dios de la Inquisición comenzó a ser una especie de amo de hacienda, padre y padrino de todos sus esclavos, dispuestos a regalar y a condescender hasta el punto de pagar y presidir él mismo los bailes de la hacienda. Esta forma de catolicismo cómodo y medio pagano no es invención mía. Desconocido quizás aquí en Colombia existe todavía en la mayoría de los países de América, no ya en el pueblo cuya mezcla con el fetichismo indio y africano puede dar margen a un larguísimo estudio, sino en las mejores clases de la sociedad creyente. Yo conocí, por ejemplo, en Caracas una amiga muy querida que tenía la casa llena de santos. Estos solían tener velas o lamparitas de aceite encendidas según los días. Llena de piedad observaba los mandamientos de la Iglesia en esta forma: iba a misa los lunes porque los domingos había demasiada gente en la iglesia, y la multitud, según ella declaraba, a la vez que no olía muy bien, le estorbaba con su ir y venir el fervor de la oración. Guardaba con mucho escrúpulo la vigilia de Cuaresma, pero no los viernes cuando la afluencia de cocineras madrugadoras arrasaba desde temprano con el mejor pescado, sino cualquier otro día de la semana en que sin angustias ni precipitaciones se podía obtener un buen pargo fresco de primera clase. Su profesión de fe era la siguiente (que debo advertirlo, sin la menor animosidad anticlerical): “Creo en Dios y en los santos, pero no creo en los curas”. Si buscáramos la genealogía de este “no creo en los curas”, iríamos a dar sin duda con aquella protesta de las criollas del siglo XVIII quienes por espíritu de fidelidad y por espíritu de contradicción no quisieron aceptar nunca ni a los curas seculares ni a las órdenes

religiosas que debían reemplazar en el gobierno de sus conciencias a sus muy queridos y muy llorados jesuitas.

Mientras la Semana Santa, las imágenes benditas, el rosario y la misa seguían, pues, ocupando sus mismos puestos, sin concilios, teología, ni latín, las criollas resolvieron por su cuenta arduos problemas de casuística y se hicieron en muy poco tiempo su credo personal. En él entraba, como Pedro por su casa, la protección y divulgación de las obras de Montesquieu, Voltaire, Rousseau y demás enciclopedistas franceses. Era en parte una manera de provocar a los chapetones insolentes que las prohibían y de burlar sus pesquisas: eso bastaba. Pasarse en secreto los libros prohibidos era un *sport*. Leerlos era una delicia, no por lo que dijeran, sino porque los prohibía una autoridad que no penetraba en la conciencia. A fin de cuentas era el contagio inevitable y virulento de la Revolución francesa que transmitía la misma España y que respondía en América a cambios y reformas urgentes a la dignidad criolla.

En lo que concierne la complicidad de las mujeres en esconder, leer y hacer circular los libros prohibidos, hay una carta muy significativa. La escribe desde París el revolucionario o patriota chileno Antonio Rojas. Es en el año 1787, es decir, veinte años después de haber expulsado a los jesuitas. Una chilena joven y linda de quien no se sabe el nombre, había escrito a Rojas pidiéndole datos y permiso para abrir ciertas cajas misteriosas de libros que él había confiado a su cuidado antes de salir de Santiago de Chile. Rojas le contestó desde París: “¿Para qué datos ni permisos? ¿No es usted la dueña del dueño de las cajas?”. Y comienza a enumerar los nombres de los libros y de los autores con picante ironía como para excitar la curiosidad de su amiga: “Hay unos tomos *in folio* que son ejemplares de un pestífero *Diccionario enciclopédico* que dicen es peor que un tabardillo. Ítem, las obras de un viejo que vive en Ginebra que unos llaman Apóstol y otros Anticristo; Ítem, las de un chisgarabis que

nos ha quebrado la cabeza con su Julia; Ítem, la preciosa historia natural de Buffon...”. Y así prosigue la lista.

El prestigio de los libros recae sobre el idioma en que fueron escritos y comienza a cundir entre los jóvenes la moda de aprender francés. Aquellos que lo saben declaman las tragedias de Corneille. Las alusiones de *Tancrède* los entusiasma:

L'injustice à la fin produit l'Indépendance y las ardientes criollas presienten el papel sublime a lo heroínas de Racine que no en el teatro, sino en plena vida y frente a la muerte van casi todas a desempeñar muy pronto.

No pretendo hacer aquí la apología de las heroínas de la Independencia del tipo de Pola Salavarieta quienes supieron pelear a la par de los hombres y morir fusiladas con valor y dignidad como las chisperas del Dos de Mayo y como las más estupendas mujeres de la Revolución francesa. La historia ha recogido ya esos nombres que todos conocen y que irán creciendo con el tiempo a medida que crezcan, los países y la idea de patria. Es a las mujeres anónimas, a las admirables mujeres de acción indirecta a quienes quisiera rendir el culto de simpatía y de cariño que merece su recuerdo. Durante más de tres siglos habían trabajado en la sombra y como las abejas, sin dejar nombre, nos dejaron su obra de cera y de miel. Ellas habían tejido con su abnegación el espíritu patriarcal de la familia criolla y al pasar sus voces sobre el idioma le labraron en cadencias y dulzuras todos sus propios ensueños. Cuando llega la Independencia una ráfaga de heroísmo colectivo las despierta. Movidas por él pasan en la historia como el caudal de un río. Es una masa de ondas anónimas que camina. Uno de estos momentos históricos el más simbólico y quizás también el más sublime es aquel que se llamó en Venezuela: La Emigración.

Era en 1814. Se había firmado ya el Decreto de Trujillo. Esto quiere decir sencillamente que el ser patriota o criollo era un delito

que se pagaba con la pena de muerte ante los españoles y ser español o realista era otro delito que se pagaba del mismo modo ante los criollos. Estos últimos instruían sus procesos de la siguiente manera: Diga naranja, ordenaban al acusado o sospechoso. Si este decía naranja sonando la jota se le pasaba inmediatamente por las armas. Así las cosas de un lado y de otro, avanzaban los españoles sobre Caracas. Venían de degollar a todos los habitantes de la ciudad de Valencia y aseguraban que harían lo mismo con los caraqueños si estos no se rendían desde el primer momento. Caracas se hallaba aún entre los escombros del terremoto del año doce. Bolívar, que carecía de elementos con qué resistir, tuvo que salir de la ciudad para ir a reclutar un ejército. Por no caer de nuevo bajo el antiguo régimen, la población entera de Caracas resolvió marcharse a pie detrás de Bolívar. Eran cuarenta mil personas, casi todas niños y mujeres, porque los hombres estaban en la guerra. En la ciudad destruida y desierta no quedó más que el arzobispo y las monjas enclaustradas de sus tres conventos.

Muertos de hambre, de cansancio y de sed, los emigrantes atravesaron a pleno sol del trópico por llanuras desoladas casi toda Venezuela. A caballo, a la cabeza de aquella multitud andante y moribunda, Bolívar, como un nuevo Moisés, la conducía al azar, sin más esperanza que aquella fe en su genio que los demás y él tenían. Después de ataques y aventuras sin cuento cuando llegaron por fin donde Bolívar podía formar un ejército, de los cuarenta mil niños y mujeres salidos de Caracas, quedaban apenas una pequeña parte. Los demás se habían muerto de hambre, de insolación y de cansancio en el camino. Bandadas de zamuros iban marcando las huellas por donde había pasado la caravana.

Prescindiendo de los demás próceres de la Independencia, a lo largo de la vida de Bolívar que es el más significativo, desde su infancia hasta su muerte, podemos apreciar muy fácilmente la

parte importantísima que toman las mujeres en su vocación de libertador y en la consolidación definitiva de su genio. Gran enamorado, según él mismo confiesa, solo las mujeres a quienes quiso con pasión tuvieron influencia en sus gustos, en su carácter y en sus decisiones. También la tuvo Simón Rodríguez aquel maestro de su adolescencia quien por paradójico, idealista y visionario se salía del nivel corriente de los hombres.

Desde su nodriza, la negra Matea, hasta Manuelita Sáenz, su último amor, Bolívar no puede moverse en la vida sin la imagen de una mujer que lo anime, lo consuele en sus grandes accesos de melancolía, y le preste sus ojos para mirar con ellos dentro de su propio genio.

Huérfano desde muy niño es en los brazos de la esclava Matea donde Bolívar oye y mira por primera vez la honda poesía de la vida rural que es la faz más querida y noble de la Patria. Es en su hacienda de los valles de Aragua, la hacienda típica criolla, la hacienda casi bíblica en donde los esclavos, prolongación de la familia, se llaman de apellido Bolívar o Palacios, del nombre del dueño que es el dios y el padre de todos.

Al caer la tarde, terminado el trabajo del campo, Matea lleva a su niño Simón al repartimiento o patio de los esclavos. Allí bajo el propio cielo mientras cae la noche él oye cuentos de miedo con duendes y fuegos fatuos, que narra algún viejo negro. Los cuentos tienen casi siempre como tema los horribles crímenes del tirano Aguirre, el conquistador rebelde y bandido, cuya alma en pena vaga todavía en forma de lucecita que se apaga y se enciende mucho más grande que los cocuyos. Es una luz que camina. A veces aparece en la llanura, otras veces se sube a la copa de un árbol inmenso que se ve desde el corredor de la hacienda allá a lo lejos y que se llama el Samán de Güere. Treinta años más tarde bajo la copa del mismo Samán legendario de su infancia, que aunque viejo y tullido todavía

existe y aún lleva en su copa el alma en pena del conquistador muerto en pecado, bajo ese mismo samán, Bolívar debía acampar con su ejército en una noche histórica.

De los brazos de la esclava Matea quien debía morir centenaria llena de honores y a quien Bolívar quiso siempre tiernamente, el futuro Libertador, que era un niño terrible, pasa sucesivamente a ser discípulo de su pariente el jurisconsulto Sanz; del padre Andújar; del joven y ya célebre Andrés Bello, quienes no dejan en su espíritu el menor rastro, y va a caer por fin bajo la dirección de Simón Rodríguez, su loco mentor y gran amigo, cuyo idealismo extravagante debía dar fuego y alas al genio de Bolívar.

La amistad de Rodríguez o el amor de una mujer, llámese Teresa Toro, Fanny du Villars, Josefina Machado o Manuelita, fueron las fuentes donde encontró siempre Bolívar el descanso o el estímulo que necesitaban sus descomunales empresas. El retrato de Rodríguez se impone siempre que se quiere evocar el grupo de mujeres inspiradoras. Él debe presidirlas.

Este Simón Rodríguez es el prototipo de aquellos que por haber llegado muy cerca del genio sin alcanzarlo se quedan locos para tormento de sus allegados y alegría de cuantos los conocen de cerca o de lejos. Filósofos descabellados a lo Saint-Simon, generosos, paradójicos y originales, estos alocados son la sal de la vida. Ellos redimen a la humanidad de la avaricia y del egoísmo, que son los vicios de la cordura. Su inquietud sabe descubrir fases nuevas a las cosas más vulgares, y su presencia está siempre acompañada de sucesos cómicos e imprevistos. Era, pues, natural que Bolívar, tipo del genio equilibrado fraternizara tanto con su tocayo y profesor Rodríguez que fue como lo veremos ahora el alocado genial por excelencia.

Rodríguez nacido en Caracas en la segunda mitad del siglo XVIII quien en realidad no se llamaba Rodríguez, sino Carreño,

de la misma familia Carreño de Teresa, la gran pianista y del autor de la *Urbanidad*, Rodríguez había decidido desde los catorce años dedicarse a filósofo. Huérfano de padre y madre comenzó por pelear a muerte con su hermano mayor y a fin de no tener nada de común con él cambió de apellido. Dejó de ser Simón Carreño para ser Simón Rodríguez; sentó plaza de grumete en un buque que salía para España, desembarcó en Cádiz y sin más recursos que su ansia de saber y sus dos pies, recorrió con ellos, en cinco años, casi toda Europa. En víspera de la Revolución francesa vivió en París, respiró su ambiente, descubrió a Rousseau y decidió desde entonces convertir a la humanidad entera predicando el amor a la naturaleza. Después de sus cinco años de peregrinación a pie por Europa regresó a Caracas, se casó, tuvo, en año y medio dos hijas a quienes puso resueltamente nombre de vegetales, las llamó Maíz y Tulipán a fin de adherirse al calendario de Fabre d'Eglantine. A poco declaró: "Yo no quiero parecerme a los árboles que echan raíces en un lugar, sino que quiero ser benéfico como el aire, el agua y el sol que corren sin cesar", y volvió a emprender sus caminatas abandonando por decirlo así a su mujer y a sus dos vegetales, quienes en adelante nunca contaron con él. Como fruto de sus últimas meditaciones publicó un folleto titulado: *Reflexiones sobre los métodos viciosos que rigen las escuelas actuales y medios de lograr sus reformas*. Como el folleto se comentó y adquirió él así cierto renombre de pedagogo, se dio a buscar un discípulo en quien poner en práctica las teorías expuestas por Rousseau en el *Emilio*. Debía encontrarlo pronto en el niño Simón Bolívar cuya educación le confiaron. Rodríguez se sintió feliz. El niño llenaba las condiciones indispensables que debía tener su Emilio: era rico, huérfano, noble y sano. Él, Rodríguez, llenaba en su opinión las del maestro o sea: prudente, joven, alma sublime y estado independiente. En esta última condición no incluía naturalmente a su mujer y a sus dos pobres vegetales. A fin

de que su discípulo quedara “en estado natural” porque según decía “la razón del sabio suele asociarse al vigor del atleta”, se retiró con él al campo, le enseñó ejercicios corporales y en lo demás se dedicó al difícil estudio de que no aprendiese nada. Gracias a estos métodos de Simón Rodríguez cuando Bolívar se embarcó para Europa a los dieciséis años de edad escribía de a bordo unas cartas ilegibles en un estilo deplorable, llenas de faltas de ortografía. Pero gracias también a Rodríguez era ya el andador, el jinete y el nadador incansable con quien más tarde no pudo competir ninguno de sus compañeros de armas. Complicado en la conjuración de Gual y España, y perseguido por las autoridades españolas, Rodríguez tuvo que interrumpir bruscamente sus proyectos a lo Juan Jacobo Rousseau; abandonar la educación de su *Emilio* y desterrado emprender de nuevo su vida errante por Europa. Botánico, filósofo, físico, pedagogo y comerciante, según las necesidades, recorre Alemania, Rusia, Turquía, aprende innumerables idiomas, y como durante la travesía la lectura de *Robinson Crusoe* le conmueve profundamente, decide honrar a Crusoe en su propia persona y ya no se llama Simón Rodríguez, sino Samuel Robinson. En Roma en 1805 se encuentra de nuevo con Bolívar, recibe sus confidencias y una tarde, una de esas maravillosas tardes de Roma ante el crepúsculo, conversando en el Monte Sacro a tal punto se exaltan los dos, que Bolívar se transfigura, en una especie de delirio romántico, toma la ciudad de Roma y toma al sol poniente por testigos y hace su célebre juramento de libertar a la América española. Algunos meses después Bolívar se va, Rodríguez se queda en Europa y durante veinte años no vuelven a verse maestro y discípulo. En 1824 atraído por la gloria del que en todas partes llaman ya el Libertador, Rodríguez decide regresar a América a fin de fundar en las naciones libertadas por su discípulo un gran Estado comunista en donde solo exista la igualdad y la dicha. Para comenzar tiene un proyecto: el de fundar un

establecimiento pedagógico. Bolívar le adelanta el dinero necesario. Simón Rodríguez o Samuel Robinson se va al Alto Perú, instala su establecimiento, le hace gran propaganda, obtiene muchos alumnos y lo inaugura caminando por él enteramente desnudo, a fin, decía, de predicar con el ejemplo la vuelta del hombre a la naturaleza.

Las familias de sus discípulos se indignan, retiran a los alumnos, quieren procesarlo por inmoral y después de gran escándalo quiebra el establecimiento. Con lo que le resta, abre un comercio de velas en Chile y termina por fin sus días viejo y pobre en el pueblecito peruano de Paita a orillas del mar. Allí la casualidad le depara como vecina a Manuelita Sáenz, aquella otra loca y gran amiga de Bolívar de quien ya hablaremos luego y a quien ya vieja y parálitica seguían llamando en el pueblo “la Libertadora”. ¿Qué no se contarían en su decadencia estos dos viejos originales? Cuando en 1854 moría Simón Rodríguez, veinticuatro años después de Bolívar, su discípulo, la vieja Manuela Sáenz encabezó una suscripción entre los señores del pueblo para poder enterrar con decencia a su amigo el pobre filósofo.

Bolívar fue a España por primera vez a los dieciséis años. Allí iba a encontrar muy pronto el primero y el más completo amor de su vida. La partida inesperada de su profesor Rodríguez había interrumpido bruscamente sus estudios. Para terminarlos o hablando más propiamente para comenzarlos en la forma habitual, su tutor lo envía a Madrid a casa de don Bartolomé Palacios, el cual se hallaba entonces de temporada en España y era hermano de doña Concepción, la madre de Bolívar. Una vez en Madrid, de la casa misma de su tío, Bolívar iba a encaminarse natural y directamente a la vida familiar del Palacio Real. Mediaron para ello las siguientes circunstancias: don Bartolomé Palacios era íntimo amigo del granadino Mallo, quien joven, arrogante y lleno de atractivos, era a su vez amigo íntimo nada menos que de la propia reina María Luisa. Esta

amistad que era vista con muy malos ojos por el ministro Godoy, entonces omnipotente, daba lugar a muchas murmuraciones. Entre tanto, muy a pesar de Godoy un grupo de criollos, nobles introducidos por Mallo frecuentaban la corte de Carlos IV. Entre ellos se hallaba Bolívar el cual iba a menudo a jugar a la pelota con los infantes, que aunque adolescente y tímido todavía, tenía ya muy fino espíritu de observación. Pudo así ver de cerca el ambiente, poco edificante, por cierto, que presentaba aquella familia real, a la cual, él, ingenuamente, desde su casa de Caracas había venerado hasta entonces lo mismo que todos los suyos, como a una emanación de la Divinidad.

Si bien se mira, a través de pequeños detalles, se llega a la convicción de que aquel primer cambio de vida, o sea la primera permanencia de Bolívar en Europa, fue triste, irritante y deprimente respecto de su propia persona. Adolescente puntilloso y altanero como buen criollo debió sufrir a menudo en su amor propio. Diga lo que diga la leyenda que lo quiere ver siempre victorioso, dando raquetazos simbólicos en la cabeza del príncipe de Asturias, el futuro Fernando VII; diga lo que diga esa leyenda hay un aspecto más cierto y, por más humano, más interesante. Entre los madrileños de su edad Bolívar no pasó nunca de ser el indiano o el provincianito a quien no se toma mucho en cuenta, al contrario. La adolescencia es brutal. Bolívar inadaptado al medio se hallaba en la edad ingrata. Pequeño, delgado, tenía la voz atiplada con el acento dulzón y cantador de los criollos. Es muy probable que sus ímpetus de dominador se recibieran con ironía o burla. Burlarse de todo lo extraño: acento, actitud o modismo es propio de esa edad y es propio de todas aquellas personas que por inflexibilidad de espíritu, o incomprensión, no son capaces de penetrar más allá de su ambiente. ¿Quién que se haya movido un poco en su vida no ha sentido con mayor o menor intensidad esta helada desadaptación

a un medio, producida por razones sutilísimas a veces? Bolívar distó mucho de brillar en Madrid. A la inversa de lo que iba a ser en París años después, el mundano elegante de la *rue* Vivienne, el pobre adolescente de Madrid, no debió sentirse nunca satisfecho de sí mismo. Esta influencia negativa y la decepción que le produjo la reina María Luisa debieron pesar mucho en su vocación y determinar aquel rumbo que en 1802 tomó su vida.

Ausente de Madrid don Bartolomé Palacios, Bolívar cambió de domicilio. Fue a encerrarse en casa de su compatriota, el viejo marqués de Ustáriz, hombre de gran cultura que despertó en su alma el ansia de saber, y le facilitó todo género de libros. Encerrado en casa de Ustáriz, aquel prototipo del criollo letrado que tanto abundó en el siglo XVIII, sin ver a casi nadie, Bolívar se entregó con tal ardor al estudio que estuvo a punto de caer enfermo. Junto a sus libros en el aislamiento de su vida interior iba creciendo una pasión romántica. A poco de llegar a España había conocido muy de paso, en Bilbao, a una linda niña caraqueña llamada María Teresa, hija de don Bernardo Rodríguez del Toro y sobrina del marqués del mismo nombre, gran magnate de Caracas, prócer de la Independencia. Enamorado desde Madrid de la dulce Teresa que seguía en Bilbao, muchos meses Bolívar no hizo sino leer, estudiar y pensar en ella. Un trivial incidente debía pronto cambiar su vida y acelerar el ritmo de su amor romántico hasta llegar a la pasión violenta.

Una tarde, paseando a caballo, cerca del puente de Toledo, dos agentes de policía lo detienen sin el menor miramiento. Bolívar, quien pensionado entonces por su tutor, distaba mucho de ser rico, llevaba sin embargo botones de brillantes en sus puños de encaje. Un decreto de Godoy acababa de prohibir tal uso. Por infracción al decreto lo declaran detenido. La verdadera razón es que Godoy sospecha que lleva correspondencia amorosa de manos de Mallo a manos de la reina y quiere cerciorarse. Indignado Bolívar se niega a

obedecer. Los agentes lo tratan con insolencia, Bolívar se desmonta del caballo, saca su espada y hay un pleito del cual pueden resultar serias consecuencias si no sale inmediatamente de Madrid, cosa que hace por consejo de todos.

Es muy curioso observar que con este caso de Bolívar es ya la tercera vez que el lujo de los indianos los hace caer en desgracia ante las autoridades o la corte de España. Por presentarse con penacho de plumas de todos colores ante la presencia de Felipe II, quien como de costumbre se hallaba, cerrado de negro, Fernando Pizarro, conquistador del Perú que llegaba de América a defender su causa y la de sus hermanos, predispuso tan mal al austero Felipe II, que recriminado primero por su penacho y por sus colores, acabó perdiendo su reclamación. Declarado rebelde fue a dar en una cárcel donde permaneció veinte años. El mismo incidente aunque atenuado, ocurrió a Jiménez de Quesada, el poeta conquistador de la Nueva Granada. Habiendo desembarcado de América y acudido a una audiencia cubierto de franjones de oro, que él juzgaba merecer y que atestiguaban de su gloria tan legítima y tan pura, Quesada fue escoltado por los gritos de: “¡al loco, al loco!”, y así, desprestigiado en su persona, fue desoída igualmente su petición.

Humillado y furioso Bolívar se dirige a Bilbao, va a casa de don Bernardo del Toro y le declara que quiere casarse inmediatamente con su hija a fin de embarcarse cuanto antes y no regresar a España más. Don Bernardo trata de calmarlo, le ofrece arreglar las cosas y le pide que espere algún tiempo antes de efectuar el matrimonio. Bolívar mientras tanto ha vuelto a ver a María Teresa y ¡adiós los estudios! Adiós también las negras melancolías de Madrid. Ya no se ocupa más que de ella. Todo el fuego de su genio y de su temperamento exaltado se concentra en la que es ya su novia. Es la gran pasión. El resto del mundo se borra de su horizonte y ya no vive, ya no respira, ya no ambiciona otra cosa que María Teresa. ¿No

representa ella además en el ambiente hostil del clima desapacible y personas extrañas que lo rodean su tranquila casa de Caracas y sus lindos campos de los valles de Aragua? Allá entre sus siembras, su ganado y sus esclavos ¿no es él acaso mucho más que un dios? Casarse cuanto antes con María Teresa y volar con ella a su hacienda de San Mateo, ya, lo más pronto posible es la única aspiración de su alma vehemente. Los largos meses de espera que impuso don Bernardo fueron un suplicio que solo temperaba la esperanza de la unión y del viaje.

Cuando Bolívar se casó tenía diecinueve años. En el colmo de la felicidad se embarcó hacia La Guaira y realizó su sueño: vivir en San Mateo al lado de Teresa, la adorada. Pero como dice la vieja canción “sueños de amor duran un día; penas de amor toda la vida”, Bolívar iba a cantarla llorando durante mucho tiempo esa vieja canción. A los ocho meses de celebrado el matrimonio, por el zaguán de la casa de los Bolívar, salía el entierro de María Teresa, muerta de fiebres perniciosas. Y fue una nueva explosión en el alma de Bolívar. La muerte de Teresa lo desespera y así como antes quería llenar el mundo con su pasión, ahora quiere llenarlo con su dolor. En su frenesí, no sabiendo qué hacer, regresa a España. Va a llevar a la familia de María Teresa algunos recuerdos de ella, y va a llorar en un medio donde comprendan su desesperación y la compartan. Pero a poco de llegar cae en la cuenta de que el ambiente de familia no le da el tono sublime que necesita su dolor, y la casa de don Bernardo le ahoga. En su sed de exaltación piensa entonces en su maestro Simón Rodríguez. Se acuerda de que muchas veces paseando por el campo allá, en su hacienda, habían proyectado visitar juntos algún día las más célebres ciudades de Europa. Sí, solo Rodríguez, el sublime, el visionario será capaz de comprenderlo. Corre, por lo tanto, a buscarlo. Llega a París y comienza las indagaciones, ¿dónde está Rodríguez?, ¿dónde está Rodríguez? Nadie lo sabe. Por fin un

día un amigo a quien acaba de conocer, llamado Carlos Montújar, le informa que Simón Rodríguez ya no existe, pero que en su reemplazo puede encontrar a Samuel Robinson quien se halla en Viena entregado a la química. Trabaja en el laboratorio de un sabio alemán. Bolívar sale inmediatamente hacia Viena y encuentra ¡por fin! a su querido Rodríguez, transformado en Robinson, rodeado de fórmulas, sales, ácidos y probetas. Pero ¡ay!, ¡pobre Bolívar! Su poema de dolor infinito con el cual hubiese querido hacer estremecer el mundo entero iba a sufrir una nueva decepción. Robinson le oye y casi no se exalta. ¡Qué! ¿La muerte de una persona? Es una cosa normal de la naturaleza. Ya no le queda, pues, al desesperado otro recurso que buscar él también la muerte. Así lo hizo. De la muerte lo vino a sacar sin saberlo su amigo el nuevo Robinson en una forma inesperada y pintoresca. Oigamos cómo cuenta el propio Bolívar el proceso de su hundimiento y de su resurrección. Lo hace en una carta dirigida a su prima Fanny du Villars. El tono patético de esta carta es muy gracioso y es un documento sobre la formación romántica de Bolívar: tanto él como Rodríguez se mueven en ella, no como personajes de la vida, sino como personajes de los libros de entonces. “Yo esperaba mucho –escribe Bolívar en 1804 narrando su entrevista en Viena con Rodríguez–, yo esperaba mucho de la sociedad de mi amigo, el compañero de mi infancia, el confidente de todos mis goces y penas, el mentor cuyos consejos y consuelos han tenido para mí tanto imperio. ¡Ay!, en esta circunstancia fue estéril su amistad. El señor Rodríguez solo amaba ya la ciencia. Lo hallé ocupadísimo en un gabinete de química que tenía un sabio alemán. Apenas logro verlo una hora al día. Cuando me reúno con él me dice de prisa: ‘Mi amigo, diviértete, reúnete con los jóvenes de tu edad, vete al espectáculo, en fin, es preciso distraerte. Este es el solo medio de que te cures’. Comprendo entonces que le falta alguna cosa a este hombre, el más sabio, el más virtuoso y sin que haya duda, el más

extraordinario que se puede encontrar. A fuerza de sufrir caigo muy pronto en un estado de consunción y los médicos declaran que voy a morir. Era lo que yo quería...”

Después de relatar las peripecias de su grave mal de amor y de romanticismo, sigue contando a su prima cómo volvió a la vida: “Una noche –dice– en que todavía débil podía sostener una conversación, Rodríguez vino a sentarse cerca de mi cama. Me habló con esa bondad afectuosa que me ha manifestado siempre en las circunstancias más graves de mi vida. Me reconvinó con dulzura y me hizo conocer que era una locura el abandonarme y querer morir en la mitad del camino. Me hizo saber que existía en la vida del hombre otra cosa que el amor de una mujer y que podía ser muy feliz dedicándome a las ciencias o entregándome a la ambición. Me persuadió como lo hace siempre que quiere... La noche siguiente exaltándose mi imaginación con todo lo que podría hacer, sea por las ciencias, sea por la libertad de los pueblos, lo llamé y le dije: sí, sin duda, siento que puedo volver a la vida y lanzarme en brillantes carreras, pero sería preciso que fuese rico. Sin medios de ejecución no se alcanza nada y lejos de ser rico soy pobre y estoy enfermo y abatido. ¡Ay! ¡Rodríguez prefiero morir! Y le di la mano para suplicarle que me dejara morir tranquilo. De pronto se ve en la cara de Rodríguez una revolución súbita. Levanta los ojos y las manos al cielo exclamando con voz inspirada: ¡Se ha salvado! Se acerca de nuevo a mí, me toma las manos y pregunta: Mi amigo, ¿si tú fueras rico, consentirías en vivir? Di... Respóndeme. Quedé irresoluto: no sabía lo que esto significaba; respondo: sí. ¡Ah! exclama él, entonces estamos salvos. ¿El oro sirve, pues, para cualquier cosa? Pues bien, Simón Bolívar, eres rico, has heredado, tienes actualmente cuatro millones”.

El aviso de esta herencia que le legaba un tío se había recibido cuando Bolívar se hallaba enfermo sin conocimiento. Ocupado con

sus probetas, Samuel Robinson había olvidado en absoluto darle tan trivial noticia. Al escucharla, Bolívar dio un salto sobre la cama. Ya estaba bueno y sano. Aquella inyección de cuatro millones lo había curado. Pero solo le curaba el cuerpo. El espíritu, como en la vieja canción quedaba dolorido todavía.

No se equivocó Simón Rodríguez al decir que los cuatro millones de Bolívar iban a servir para algo. Ellos lo condujeron hacia su prima Fanny du Villars, la gran inspiradora, la que le mostró su camino, le reveló su genio y le dio por medio de detalles a veces insignificantes aquella magnífica confianza en sí mismo, que debía crecer en Bolívar con la violencia de un incendio.

El amor de Fanny no fue la pasión que absorbe y que anula. No. Amor templado y risueño, amor de París, hizo de Fanny más que la amante, la amiga, la consejera, la iniciadora. Gracias a sus relaciones y a su don de gentes en su salón de París le tiende una mano a Bolívar y lo hace subir sobre una especie de plataforma. La del París granado de entonces. Desde allí él contempla toda su época, como se contempla un panorama, avalúa bien sus fuerzas, se traza su destino y emprende su vuelo.

Cuando Bolívar habla de su amor por Teresa del Toro asegura que de no haber muerto ella, él no hubiera salido nunca de los límites trazados por aquel idilio de su adolescencia. Dafnis y Cloé de los valles de Aragua hubieran terminado en Filemón y Baucis de la hacienda San Mateo. Encauzado dentro del matrimonio al final de su vida —afirma el mismo Bolívar— habría aspirado quizás a la alcaldía del pueblecito cercano. Hay personas que rechazan esta suposición. A mí me gusta creerla porque me parece verosímil y porque me parece muy dulce pensar que en la monotonía de la vida, cuando menos lo imaginamos, pasa tal vez a nuestro lado un alma genial a quien un profundo amor la hizo olvidarse de sí misma y la puso a caminar dentro del gran rebaño.

Fanny du Villars era Aristiguieta por su madre y prima, por lo tanto, de Bolívar. Casada con un francés, el conde de Villars, tenía en París —como tuvo años más tarde aquella otra criolla cubana, la encantadora condesa de Merlín—, Fanny tenía en París uno de los más elegantes salones del tiempo del Consulado. Era la época de Chateaubriand, de Eugenio de Beauharnais, de madame Récamier, de Taima, de madame de Staël, de Humboldt y de Talleyrand. Todos estos iban al salón de Fanny, la linda criolla parisiense, todos la invitaban, todos la celebraban. Sobre las convulsiones de la Revolución francesa, bajo el ritmo acelerado de Napoleón comenzaba a nacer el Romanticismo. Era una ráfaga que parecía venir de aquí, de América traída por Chateaubriand y a la cual el extraordinario viaje del barón de Humboldt por las regiones equinocciales acababa de dar nuevo impulso y nuevas alas. El momento no podía ser más propicio a Bolívar, el prototipo del romántico por excelencia. A más de tener el fuego y la grandilocuencia del Romanticismo, por su origen, por la finura de su tipo y por su tristeza prematura parecía reencarnar al héroe recién llegado de la selva americana. Al verle venir de Alemania tan joven, tan triste y tan rico, Fanny lo avaloró con una sola ojeada y decidió abrirle las puertas del éxito. Después de haber sido el *Emilio* de Rousseau gracias a Simón Rodríguez, iba a ser ahora gracias a Fanny, el René de Chateaubriand. Todo contribuía a la transformación. Instalado en un elegante apartamento de la *rue Vivienne*, el viudo de Teresa del Toro comenzó a ser, gracias a los consejos de Fanny, uno de los más refinados y más interesantes jóvenes de aquel París de entonces, de aquellos que se paseaban por las galerías del Palais Royal, oían a Taima, repetían los retruécanos de Brunet, se hacían retratar por David y se enamoraban platónicamente de madame de Récamier o de Paulina Borghese. Pródigo, elegante, festejado de todos, Bolívar se dio a llevar una vida de príncipe. Perdía al juego cantidades fabulosas, prestaba dinero a

sus amigos, hacía regalos suntuosos, fue rival de Eugenio Beauharnais a quien desafió por amor a Fanny, se puso de moda y lanzó su sombrero, su célebre “Chapeau Bolívar” cuyos bordes levantados inventó sin duda la misma Fanny.

Los que viviendo en París y teniendo dotes de talento, de cultura, de originalidad o de fortuna, se quejan del chauvinismo francés; o no tienen tales dotes, o no han encontrado aún a su Fanny du Villars, la animadora, la consejera de los pequeños detalles. París que sabe ser tan grave es siempre frívolo, y no hay mejor recomendación que la que da de viva voz con una sonrisa una mujer bonita.

El éxito mundano embriagó a Bolívar sin curarlo. Una vez obtenido ya no le interesó más. Su tristeza continúa. El lujo, los elogios, los placeres le dejan un profundo hastío. Hace continuos viajes a París para distraerse, regresa a París y ¡nada! En el fondo de su alma se ha arraigado la inquietud de los insatisfechos. Así se lo escribe él mismo a Fanny, la inspiradora, a quien en sus cartas de amor llama Teresa como homenaje de fidelidad a la muerta adorada. “El presente no existe para mí –le escribe un día recién llegado de Londres–, el presente es el vacío completo. Apenas tengo un pequeño capricho lo satisfago al instante. ¡Ah! ¡Teresa, esto será el desierto de mi vida!... París no es el lugar que puede poner término a la vaga incertidumbre de que estoy atormentado”.

¿Conque no le basta el éxito, la admiración y los honores? ¡A buscar, pues, otro objetivo! Y Fanny, la nueva Teresa, lo pone en su camino de Damasco al presentarlo y recomendarlo al barón de Humboldt. Gracias a su insistencia Humboldt y Bolívar se hacen amigos. En el curso de la amistad Humboldt va a descubrirle su patria americana como Fanny le ha descubierto su genio y sus dotes de triunfador. El ilustre alemán que en un viaje de cinco años a través de las regiones equinociales acaba de causar una verdadera revolución en las ciencias naturales y en la geografía del mundo,

le relata con indescriptible entusiasmo las riquezas y maravillas que encierran aquellos países inexplorados. Habla del porvenir que los espera, de la necesidad absoluta de su emancipación. Describe conmovido los atractivos de la sociedad criolla tan ingenua y tan amable. Su calidad de extranjero le ha hecho apreciar mejor el encanto de aquella sencillez y de aquella gracia indolente y generosa. Habla también del movimiento intelectual que ha apreciado entre los criollos. Hay centros de avanzada cultura como Bogotá y México. Ha conocido a poetas como Bello y sabios como Mutis y Caldas. Tanto le complace la vida fácil y sonriente de aquellos países, verdaderos paraísos terrenales que algún día, si las circunstancias se lo permiten, piensa trasladarse allá a terminar su vida.

Bolívar lo escucha asombrado. Una luz milagrosa lo ilumina. La fe y el entusiasmo van creciendo en su alma a medida que intima con el sabio. ¡Qué lejos se ha quedado ya aquella impresión deprimente por su patria y por su persona del pobre indiano adolescente de Madrid!

Un día, poco después de la coronación de Napoleón en la cual Bolívar a pesar de haberla desaprobado ha sentido el delirio de la gloria, a poco de aquella ceremonia celebrada en Notre Dame va a visitar a Humboldt. Como al hablar de nuevo sobre la emancipación de la América española, Humboldt dijese: “Veo la obra, pero no veo el hombre capaz de realizarla”, con el recuerdo aún vivo de la *Apoteosis de Napoleón*, Bolívar, el terrible ambicioso de veinte años, guardó silencio, pero se contestó a sí mismo: “Este hombre seré yo”.

Y desde ese día se acabó París. Entre lágrimas y suspiros se despidió de Fanny, la única confidente de su empresa, se fue a Italia, se acercó de nuevo a Humboldt que se hallaba en Nápoles, acompañado por Simón Rodríguez fue a pie hasta Roma, pronunció su juramento del Monte Sacro, volvió a despedirse de Fanny en una larga, dolorida carta y ungido por ella se embarca definitivamente

hacia La Guaira, es decir, hacia uno de los más bellos destinos que haya tenido en la historia hombre ninguno.

Para hablar de la influencia que en la vida heroica de Bolívar van a tener ahora las mujeres se necesitaría por lo menos escribir un libro entero. Tierno y apasionado no son solo sus grandes amores los que le impulsan, es también el cariño, la piedad y el espíritu de protección hacia sus allegadas o sus simples amigas. Los aplausos de las mujeres que en todas las capitales de América lo aclaman y lo adoran como un dios lo embriagan de orgullo y de felicidad. Después de sus grandes victorias piensa con entusiasmo de adolescente en tal o cual baile que va a darse en su honor, en las mujeres que van a asistir a él; cambia todo un plan de batalla por acudir a una cita; después de haber caminado frente a su ejército de la mañana a la noche, baila hasta que apunta el día y la presencia de cualquier mujer bonita aunque no le conozca lo llena de alegría. En la intimidad de la familia atiende sonreído a las amonestaciones de aquella hermana María Antonia que tiene sus mismos arranques y su mismo don de mando, y un día de gran triunfo en 1827 cuando entrando a Caracas bajo palio después de una larga ausencia lo aclama la multitud delirante, como viera Bolívar asomar allá a lo lejos a su nodriza la negra Matea, quien con su blanco paño de esclava por la cabeza llorando de emoción le manda besos, él se detiene, hace parar todo el cortejo, atraviesa la multitud y corre a abrazar a su negra vieja.

Doña Manuelita Sáenz, a quien el mismo Bolívar llamó la Libertadora del Libertador por haberle ella salvado la vida en dos ocasiones, es el último, el más accidentado y el más pintoresco de los amores de su vida. ¡Qué lejos por el tiempo y el carácter queda esta extraordinaria doña Manuelita de aquella apagada Teresa del Toro, tipo de la clásica criolla romántica que pasa en la vida sin dejar más huella que el dolor producido por su muerte! No siendo posible mencionarlas todas luego de hablar de las dos primeras hablaré,

brevemente, no se asusten, del último amor de Bolívar. La figura de doña Manuelita es en extremo interesante no solo por su lado pintoresco, sino porque representa, si bien se analiza el caso de la protesta violenta contra la servidumbre tradicional de la mujer a quien solo se le deja como porvenir la puerta no siempre abierta del matrimonio. Mujer de acción no pudo sufrir ni el engaño ni la comedia del falso amor. Hija de la revolución no escuchó más lenguaje que el de la verdad y el del derecho a la defensa propia. Fue la mujer *après guerre* de la Independencia. Predicó su cruzada con el ejemplo sin perder tiempo y sin dejar escuela.

Nacida no se sabe bien si en el Ecuador, en la Argentina o en el Alto Perú, de una familia distinguida y rica, doña Manuelita, que era muy linda y muy joven se había casado siendo casi niña con un inglés a quien nunca había querido y quien la aburría de muerte. Un día vio desde un balcón a Bolívar que entraba victorioso en Quito, se enamoró de él y sin más ni más decidió ante sí misma divorciarse de su inglés y casarse con Bolívar. Entonces no existía el divorcio. No hubo, por lo tanto, ni abogados, ni proceso, ni ceremonia matrimonial, pero tampoco hubo engaño ni escondite. Doña Manuelita participó su resolución a todo el mundo, al inglés el primero. El inglés aceptó la decisión con tristeza resignada. Como era de esperar el resto de la gente se escandalizó. Casi todas las contemporáneas de doña Manuelita la rechazaron indignadas. Lo hacían por natural espíritu de conservación social y dentro de su criterio tenían razón. Pero doña Manuelita no se amedrentó por eso. Nacida y criada en plena guerra pensó, no sin cierta lógica, que si se atacaba impunemente el quinto mandamiento “no matarás”, bien se podía atacar la indisolubilidad del matrimonio en un caso como el suyo. Y la atacó ella sola, de frente, lanza en ristre y pistolas al cinto como solía hacer siempre que se urdía alguna grave intriga contra Bolívar o contra ella. Dicen algunos que doña Manuelita actuó así porque era atea

o librepensadora. Yo creo al contrario que cuando a caballo, vestida de hombre, escoltada por dos negras valientes y ecuestres también que le servían de edecanes, cuando escoltada así por sus dos negras se lanzaba a la pelea, allá en el fondo de su conciencia recordando al inglés, al mismo tiempo que desafiaba la muerte, desafiaba el infierno, lo cual es el colmo del heroísmo.

He aquí el retrato que hace de ella uno de sus contemporáneos: “Cuando la conocí –dice– contaría unos veinticuatro años. Tenía los ojos negros, atrevidos, brillantes, la tez blanca como la leche, la estatura regular y de muy buenas formas. De extremada viveza era generosa con sus amigos y caritativa con los pobres. Muy valerosa sabía manejar la espada y la pistola, montaba a caballo, vestida de hombre con pantalón rojo, ruana negra de terciopelo y sueltos los rizos que se desataban a su espalda debajo de un sombrerillo con plumas que realzaba su figura encantadora”.

Por lo visto, a medida que aumentaban sus proezas doña Manuelita iba militarizando más y más su vestido. Le añadía colores y le cosía nuevos galones. Digo esto porque Palma cita otro retrato hecho poco después por un segundo testigo en el cual aparece con dolmán rojo, botones amarillos y brandenburgos de oro.

Sea como fuere es lo cierto que con su uniforme, su lanza, su caballo y sus negras ecuestres que se llamaban Natán y Jonatás, doña Manuelita dio mucho que hacer a los Gobiernos del Perú y de Colombia cuando estos se declararon hostiles a Bolívar. Al ausentarse él y presentarse la menor ocasión, doña Manuelita que se creía obligada a guardarle las espaldas, aprovechaba la oportunidad y hacía una salida lanza en ristre a lo don Quijote. Estas salidas casi nunca tuvieron éxito, muy al contrario, pero ella sin desanimarse, continuaba al acecho. Por evitarse desasosiegos lo mismo el Gobierno del Perú que el de Colombia acabaron por desterrarla.

En el fondo, doña Manuelita tenía siempre razón. Era la época triste de Bolívar, la de la gran cosecha de ingratitudes, el calvario, los últimos años tan amargos de su vida. Sus proyectos de unión y de concentración estorbaban los pequeños intereses. Disuelta la gran Colombia y anarquizada su obra lo acusaban por todas partes de tiranía y de autocracia. Al ausentarse de un país a otro estallaban revueltas contra él. Era lo que sulfuraba a doña Manuelita y la decidía a entrar en escena.

En Lima, en 1827, tuvo lugar la traición de Bustamante dirigida naturalmente contra Bolívar quien acababa de salir para Colombia. Advertida a tiempo doña Manuelita corrió a un cuartel, hizo reaccionar a un batallón, pero fracasó en su intento y el gobierno que surgió del cuartelazo la desterró del Perú.

Durante varios años vivió entonces en Bogotá en la Quinta Bolívar al lado de este, rodeada de honores que le dispensaban todos los grandes hombres del día quienes la trataban como a la mujer legítima de Bolívar. Las señoras se mostraban más esquivas, pero doña Manuelita no se alarmaba por eso. Opinaba que la conversación de las mujeres era por lo general menos interesante. En la célebre noche del 25 de septiembre, en que un grupo de conjurados como saben todos ustedes asaltó la casa para asesinar a Bolívar, doña Manuelita, que con intuición admirable comprendió de lo que se trataba, lo hizo huir por una ventana. Armada con una pistola salió después ella misma al encuentro de los conjurados, les abrió la puerta y logró despistarlos sobre el rumbo que al escapar había tomado Bolívar. Desde aquella noche, la llamaron y se llamó a sí misma la Libertadora.

Durante una de las ausencias de Bolívar, como Santander, vicepresidente entonces de Colombia se condujese en forma que ella juzgó malevolente para con el ausente, decidió dar una gran fiesta a la que invitó a las personas más notables. La fiesta comenzó por el

fusilamiento del propio Santander en la persona de un muñeco de trapo fabricado por ella al efecto. Después del fusilamiento hubo baile hasta la madrugada. Aquella ceremonia irrespetuosa contra el propio vicepresidente seguida de baile produjo gran escándalo. El escándalo recayó naturalmente sobre Bolívar el cual tuvo que desaprobar lo ocurrido públicamente. Por razón de Estado escribió una carta fulminante en que llamaba a la fiesta en general acto torpe y miserable y en la que trataba de excusar a doña Manuelita llamándola con propiedad y cariño la amable loca.

Pero por el mismo correo le escribió una carta a doña Manuelita en la que poco más o menos le decía que era ella la mujer más graciosa y más simpática que había conocido en su vida.

Otro día, estaba ya Bolívar muy enfermo, se celebraba la fiesta de Corpus. En la Plaza Mayor de Bogotá se habían preparado fuegos artificiales con figuras grotescas. Encerraban grandes sorpresas. Todas las esperaban con entusiasmo. A la caída de la tarde vienen a advertir a doña Manuelita que entre dichas figuras hay un señor Despotismo y una señora Tiranía que son en realidad su propia caricatura y la de Bolívar. ¡Ah! ¿Conque el Despotismo y la Tiranía? Está bien, que se esperen un momento ellos y la fiesta. Poseída al instante por una ráfaga de revancha destructora mandó a ensillar, se puso los pantalones, el dolmán con todos sus galones, cogió la lanza, las pistolas y calle arriba a trote largo seguida por Natán y Jonatás, llegaron a la plaza y arremetieron las tres contra la pirotécnica. Todo quedó hecho añicos, en la oscuridad de la noche no brilló ni una sola de las ingeniosas alegrías. El general Caicedo, presidente entonces de Colombia decidió hacerse el ciego e impidió que se procediese contra doña Manuelita. Al día siguiente, un periódico demagogo amanecía bramando contra la debilidad de Caicedo:

“Una mujer descocada –decía el periódico–, que se presenta en el traje que no corresponde a su sexo y que hace vestir lo mismo a

sus dos criadas insultando el decoro y burlando las leyes se presentó ayer en la plaza pública, atropelló los guardias que custodiaban el hermoso castillo de fuegos artificiales y rastrilló una pistola declamando contra el Gobierno, contra el pueblo y contra la libertad. La sola presencia de esa mujer forma el proceso de la conducta de Bolívar...” Y aquí rayos y truenos contra el presidente Caicedo quien enterado de lo ocurrido lejos de encarcelar a la agresora había ido galantemente hasta su casa con el fin de tranquilizarla y darle explicaciones.

Muerto Bolívar en el aislamiento y en la miseria como todos sabemos, el dolor de doña Manuelita no calmó en absoluto sus arrebatos vengadores. Los primeros tiempos de su viudez fueron por el contrario sumamente tempestuosos. Ahora más que nunca se creía obligada a defender su ausente. Como la sombra de Bolívar que la inmunizó, hasta entonces no se proyectaba ya sobre ella el Gobierno colombiano, resolvió libertarse a toda costa de la Libertadora y se le participó con muy buenos modos que estaba desterrada. Doña Manuelita dio por no oída la participación y declaró que no saldría de su casa bogotana donde la rodeaban tan queridos recuerdos del pasado, sino cuando estuviera muerta. El Gobierno insistió en su determinación. Doña Manuelita en la suya. Le manifestaron que se verían obligados a recurrir a la fuerza y le fijaron un plazo. Terminado el plazo doña Manuelita se declaró enferma y se metió en cama con dos pistolas mientras Natán y Jonatás armadas hasta los dientes le guardaban las puertas. Cuando llegó la justicia y vio los aprestos de resistencia, temerosa de que hubiese sangre regresó a deliberar con el ministro y con el presidente. Después de muchos conciliábulos y de mucho ir y venir se decidió prender a las dos negras por sorpresa y desterrar a doña Manuelita con cama y todo. Tendida como los muertos con los pies por delante salió de su casa en camilla, para no regresar más. Recordaba siempre la imagen alegórica y la

tenía a mucha honra. Una vez lejos de la casa pidió su caballo para seguir el viaje y se dirigió por Cartagena al pueblo de Paita donde debía quedarse hasta el final de su vida. Allí guardó su larga viudez y solo existió ya para recordar con unción el pasado. Pobre y desvalida tuvo que trabajar para sostenerse y hacía jarabes medicinales que una de sus negras salía a vender por el pueblo. A poco de su destierro murió en el Ecuador, Mr. Thorne, su marido, quien con generosidad sajona la había absuelto porque quizás la había comprendido. La absolución llegaba hasta el punto de nombrarla única heredera de su fortuna. Doña Manuelita juzgó que aceptar aquella herencia era contrario a su dignidad y a la fidelidad que merecía el recuerdo de Bolívar. Renunció, por lo tanto, a la fortuna de Mr. Thorne y siguió haciendo jarabes.

En Paita la encontró, como hemos visto, Simón Rodríguez. En Paita la visitó Garibaldi. En Paita alcanzó a conocerla don Ricardo Palma quien la describe ya muy vieja sentada en su sillón de parálitica a un lado del patio en su modesta casita de bahareque. A veces, cuenta Palma, alguien que venía a verla o a comprar jarabe preguntaba desde la puerta de entrada:

—¿Está aquí la Libertadora?

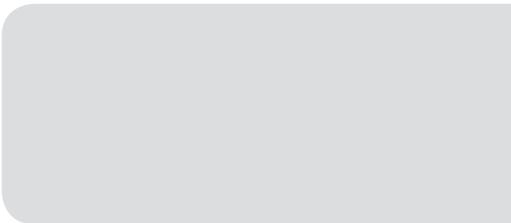
—Adelante, ¿qué quiere con la Libertadora? —contestaba ella desde su silla de ruedas.

Llevando así con orgullo hasta la vejez su título de Libertadora doña Manuelita aparece como el tipo de la mujer fuerte. Personal y rebelde se fabricó ella misma su código de moral y dentro de él fue consecuente y fiel hasta la muerte. Algunos hallarán paradójica esta afirmación tan contraria a la opinión corriente y habrá quien se escandalice por ella. Pero que aquel que estando en la miseria sea capaz de renunciar a una herencia por rendir culto a un recuerdo, que le tire a doña Manuelita la primera piedra.

ÍNDICE

LAS MUJERES EN NUESTRA HISTORIA, SEGÚN TERESA DE LA PARRA	9
I	17
II	49
III	81

EDICIÓN DIGITAL
noviembre de 2016
Caracas - Venezuela





Teresa de la Parra

(Ana Teresa Parra Sanojo, París, 1889 - Madrid, 1936)

Es una de las escritoras más importantes del siglo xx en Hispanoamérica. Comenzó con la labor periodística. Publica cuentos en periódicos como *El Universal* de Caracas, y otros en París, con el seudónimo Fru-Fru. Se dice que posiblemente de esa misma época datan sus cuentos fantásticos. Sus dos novelas son: *Ifigenia* (*diario de una señorita que se fastidiaba*), publicada inicialmente en 1922, en la revista *Lectura Semanal*, dirigida por Rafael Pocaterra (esa vez sin el título *Ifigenia*, que se le anexaría en la edición en español de 1924); y *Las memorias de Mamá Blanca* (1929). También se ha reunido y publicado su epistolario, ensayos y diarios.

En esta conferencia, estructurada en tres partes: la época de la Conquista, la Colonia y la Independencia suramericanas, la autora recrea su visión de la formación de nuestra alma americana por medio de la participación de la mujer en la historia. Su perspectiva feminista y controversial será formulada magistralmente y de manera explícita, invitándonos a repensar los protagonismos históricos de ciertas figuras femeninas en cada época.

